

**Estamos
desesperados**

Servelli, Martín; Estamos
desesperados; 1^º Edición;
Buenos Aires: La E del Coihue
Infinito & Revista Artexto; 2011.
152 p.; 11,5 x 18 cm.

Ilustración de tapa:
Raymond Pettibon

Contacto:
info@revistaartexto.com.ar
mirockandroll.blogspot.com

Este libro aparece gracias a un montón de relaciones que formó la FLIA (Feria del Libro Independiente y Alternativa), gracias a que los planetas cada tanto se alinean, gracias que tenemos personas que no contentas con lo que recibimos tratamos de cambiarlo y gracias a esa energía desconocida que a todos nos recorre más allá de que lo notemos o no.

Probablemente no se haga el depósito que impone la ley porque una vez alguien se dio cuenta de que se puede vivir por fuera de ella y no, necesariamente, ir en su contra.

Por si no lo habías notado, sos libre de copiar, regalar, besar, reproducir y gritar todo o una parte de este libro.

Estamos desesperados

Martín Servelli

LA **E** del **CONFINITO**

I.

Quiero rock and roll aghhhhhhhh siiiii
Aaaaahhhhh...quiero volver al 55
Con un poco de 65 y una pizca de 75 siiiii
Quiero rock n' roll agghhhhhhhh
Si...ahí...ouffffff...aaaaah
Un disco de 33 un simple un doble elepé
Uno de Doa un Tiesouel
Quiero rock and roll, claro no?
Un serfin berd
Ahhhhh...siiiii...ahíí
Yonlijuker jamón
madiwoters bombón
Rock 'n roll: quieró!

Cuando Fede besó a María Marta, la novia del Finado

Habíamos planeado un día al aire libre en la terraza de casa, tomar media pepa y hacer un asadito. Hacía mucho calor. Cuando llegó Fede yo estaba en bikini tomando sol en la reposera, embadurnada de bronceador. Me miró de soslayo haciéndose el desentendido y fue directamente a abrazar a mi novio. Después se acercó y me dio un beso de costado. Yo le apoyé los labios a propósito y cuando se enderezó le vi el brillo en la mejilla. Nosotros ya habíamos tomado un cuartito y nos tomamos otro con él. Antes nos preguntó cómo venía. Él era muy cuidadoso y prefería ir de a poco, no sea cosa que estuviera muy fresca y le arruine el día. Mi novio lo miraba con amor, embelesado, lo abrazaba, lo palmeaba y se tiraban piñas cortitas como hacen los hombres para toquetearse y demostrarse afecto. Fede prendió un Chesterfield y empezó a hablar de música, había traído un cassette de no sé qué grupo de California y nos contaba una historia con voz grave y seseosa. Yo también estaba encantada. Tenía puesta una remera de Adolescents pintada a mano por él que se sacó enseguida. Era flaco y nada musculoso pero no me disgustaba en absoluto con esos ojos enormes y los labios carnosos. Cerré los ojos e imaginé que lo besaba despacio, en realidad le pasaba la lengua por los labios como si fuera un helado. Mi novio me preguntó

de qué me reía, yo le dije que no me reía pero los dos empezaron a reírse de mí. Me levanté y les dije que eran dos boludos. Abrí la canilla y me rocié el cuerpo con la manguera. Me pareció que Fede me miraba mientras abría una bolsa de carbón. Volví a la reposera. Tenía la tanga blanca y con el agua fría se me habían puesto los pezones como dos piedritas. Los veía de espaldas soplando el fuego transpirados y me los quería comer a los dos. Solté una risita y se dieron vuelta al unísono. Yo tenía la piel de gallina y ellos con esas cuatro manos gigantes y negras de carbón me clavaron la vista como si supieran lo que estaba pensando. Mi novio se acercó y amagó tocarme con las manos sucias. Le dije que no lo haga ni en broma y me dio un beso de lengua desafortunado. Sentí algo esponjoso moviéndose en círculos adentro de mi boca, como un animalito. Lo empujé despacio y le dije que salga. Por encima del hombro lo vi a Fede que me miró de frente, serio pero irónico. Ellos se juntaron al lado de la parrilla, discutían porque Fede no quería que le tiren la colilla del cigarrillo encima de las brasas, decía que el filtro quemado daba feo olor y que deje de tocar los carbones que así estaba bien. Al final lo echó diciéndole rajá. Mi novio se quedó bailando frente al grabador. Yo aproveché para acercarme y me puse a mirar el asado. Le pregunté si estaba bien de fuego y me contestó que no lo haga enojar. Le dije que era un chiste y le golpeé el codo del brazo que sostenía la palita, justo cuando estaba acomodando las brasas en los bordes de la

parrilla. Después la acaricié la espalda para que me perdone. Estaba empapado de gotitas saladas. Él vio cuando me lleve el dedo a la boca y se puso incómodo. Yo trataba de calmarme porque me daba cuenta que no me podía controlar. Mi novio estaba feliz, serví dos vasos de cerveza y le llevé uno. Trató de agarrarme por la cintura con un abrazo brusco que hizo que se derrame un poco del vaso de Fede. La espuma sobre la baldosa naranja parecía una baba o una herida. Le llevé el vaso a Fede que tomó la mitad de un sorbo largo y después de una pausa la otra mitad. La nuez subía y bajaba con ritmo. Tenía lentes oscuros pero ya le adivinaba la expresión desencajada cuando me devolvió el vaso con una sonrisa de guasón. Primero no entendimos el grito que pegó mi novio con medio cuerpo asomado a la calle, por encima de la baranda. Pasó corriendo delante nuestro y volvió a gritar. Esta vez sonó clarito y quedó retumbando en el aire. Lo seguimos escaleras abajo hasta la puerta de casa y lo vimos levantar incrédulo la cadena cortada del tronco del árbol. La calle estaba desierta como cualquier domingo a las dos de la tarde en Parque Patricios. De la moto ni rastros. Me dio pena verlo tan mal, se lamentaba, se golpeaba la cabeza, pateaba el tronco. Yo también empecé a llorar, me sentí mareada, con ganas de vomitar. Levantó la cadena del piso y empezó a caminar por Zavaleta a los gritos pelados. Miraba los frentes de las casas a uno y otro costado, increpando a todos los vecinos que se asomaban por detrás de las cortinas a ver qué

pasaba. Fede se había quedado en el umbral de la puerta. Me apoyó la mano en el hombro y yo lo abracé. Le pedí por favor que me acompañe, que no lo dejemos solo, que le iba a pasar algo. Empezamos a seguirlo, cuando vimos que en la esquina de Famatina se paró a hablar con unos chicos que le señalaron en dirección a la villa. Yo empecé a correr para alcanzarlo y Fede se quedó más atrás. Lo agarré del brazo llegando a Amancio Alcorta y empezamos a forcejear. Le pedí por favor que volvámos a casa y vayamos a hacer la denuncia a la comisaría. Trastabillé y lo agarré de las piernas, rogándole. Él me levantó de las muñecas con una fuerza descomunal. Me miró con las dos bolas de las pupilas relucientes. Me vi reflejada en ese espejo negro perfecto. Después me dijo esas palabras horribles y creí que me desmayaba. Me quedé sin fuerzas sentada en el cordón. Se había juntado mucha gente, los chicos se divertían y gritaban, él seguía con la cadena en la mano y empezó a tirarle piedras a un rancho donde vivían unos mellizos conocidos del barrio. Cuando llegó Fede me dijo que mejor nos fuéramos. Me agarró de la mano y me ayudó a levantarme. Desde la canchita de fútbol nos gritaban de todo. Cornudo, trola, piscuí. Fede temblaba un poco y tenía la mano mojada de transpiración. No nos dimos vuelta, caminamos lo más rápido posible, sin hablar. Subimos a casa y nos quedamos en la cocina preparando un café instantáneo. Por suerte mis viejos no habían llegado. No podía parar de pensar en lo que me había dicho.

Fede me preguntaba qué me pasaba y se acercó tanto que me dio taquicardia. Tenía un olor a transpiración fuerte y agrio. Quería saber qué fue lo que me dijo, por qué estaba tan mal. Por fin pude sacarme las palabras de adentro y se las repetí textuales. No pude terminar que me pegó un beso con rabia, apretándome contra la mesada de mármol, como nunca me habían besado.

Cuando la hermana de Fede besó a Nito Mestre

A la hermana de Fede, el papá le grito *puta!* cuando se enteró que se subió al escenario de Obras a darle un chupón a Nito Mestre. Que feo darle un beso de lengua —porque el papá había puesto especial énfasis en indagar si había ocurrido esta variante del ósculo— a Nito Mestre transpirado —porque a Fede le indignaba que no se haya sofrenado frente a la cara grasosa y chorreante. Pero sobre todo *la lengua!* gritaba el papá como si Nito se hubiera abusado de la groupie, cuando lo más probable es que tuviera los dientes apretados y la boca reseca por la droga y el esfuerzo de cantar y tocar el flautín. Lo que no quita que la hermana de Fede haya tratado de meterle la lengua a la fuerza, sin otro resultado que una delicada cepillada de los dientes amarillentos de Nito. Se conoce que ella llegó a la casa y con toda la ingenuidad de sus trece años le contó a su fa-

milia, por la mañana, sentada en la cama matrimonial, a los pies de sus padres, tomando una taza de café con leche, *me lo apreté a Nito*. Y ellos no entendieron la pasión de la adolescente ante el ídolo del rock, ni siquiera Fede, el hermano menor, de quien sus padres celebraban la anécdota que una tarde, a la salida de una confitería, Carlos Monzón le había acariciado la cabeza que ellos habían arrimado a la mano prohibida del mediano. ¿Y si le había tocado la cabeza con lascivia? Maricón, asqueroso, pedófilo, pensó Fede años después, ¿y si hubiera tenido la oportunidad de encerrarlo en el vestuario vacío, cebado, como un tigre que probó sangre humana, por el olor a bola? Fantaseó Fede... En definitiva, sólo había sido un roce sobre la superficie capilar, a lo sumo el cuero cabelludo, que es bien macho por lo insensible, no como los labios de la hermana, sedientos por libar la saliva con gusto a cocaína de Nito, que le durmió las encías por un buen rato y la mantuvo despabilada toda la noche, soñando despierta un beso de amor interminable.

El Gato y Fede toman algispray con el Finado y se van de garche con la novia

No hay nada peor que escuchar un solo de Ray Manzarek después de bajarse medio aerosol de algispray con el Finado, me dijo el Gato con el cerebro todavía zumbando. Yo recién llegaba al departamento y el Hammond era uno de mis instrumentos favoritos, por lo que atribuí la afirmación al uso incorrecto del hidrocarburo halogenado. Después de todo, dejate de joder, Gato, no se aspira con un pañuelo por la boca; se rocía en la pierna después de una patada, a lo sumo una quemadura, tortícolis, o una picadura si no te alcanza con el caladryl. Pero el Gato ni pelota, salió corriendo al baño para mirarse en el espejo porque no lo podía evitar, decía, necesitaba una comprobación tête à tête de que todo seguía en su lugar. Mientras, me puse a pensar que nunca se había hecho una estadística seria que correlacione los gustos musicales en la población consumidora de hidrocarburos. Se podía empezar yendo ese año a Puerto Belgrano o a cualquier otro destino del sur a preguntarle a los colimbas qué música escuchaban; porque de ahí había importado el Finado la costumbre a la Capital Federal, ni bien terminó de servir a la patria. Siempre tenía un algispray escondido en el placard para agasajar a las visitas, con ese ademán morrisoniano que lo pintaba de cuerpo entero. Lo malo de imitar al rey lagarto es que sin la poesía, la

voz de Sinatra y el garche, lo único que te queda es drogarte a lo pavote. Y en eso andábamos con el Gato el día que arrancamos de la fiesta con María Marta sin que el Fiando se percate, para sumar un poroto en el ítem tres del manual para abrir las puertas de la percepción. Pero claro, la cosa venía de reviente y a mi la porquería me deja la verga como un capullito. Al final, hice mutis por el foro y me tomé el 160 para Parque Patricios, ansioso por desintoxicarme. El resto de la noche me la contó el Gato al otro día, y María Marta la semana siguiente. En la casa del Gato no había nadie porque los padres estaban de vacaciones en Córdoba; María Marta estaba entregada y todo hacía prever la fiesta del viejo mete y saca, salvo porque el trois del menage arruinó todo cuando se tomó el buque con esa candidez insensible ante el ruego de los suyos ¡Perdón amigos! No hubo beso en el cuello ni caricia en el muslo que la convenciera, me dijo el Gato dando cuenta de un repertorio que no era ilimitado pero sí convincente: en resumen, me terminé pa-jeando y le acabé en la espalda. Debo decir que me sorprendió esta declaración, aunque supe apreciar el costado excitante de la lechona derramada sobre la Venus dormida. Pulgar arriba igual, Gato. A la semana vino María Marta a buscarme al trabajo un mediodía, íbamos por la vereda de Libertador un día de sol y me preguntó: ¿Por qué te fuiste? Yo quería que te quedas. Me sentí avasallado, como siempre ante una chica que se droga mucho y bien. Empecé a explicarle

de Ray Manzarek y el aerosol y si sabía de ese recital de Jim Morrison en el Dinner Key Auditorium de Miami, que empezó a bardear al público, que eran una manga de esclavos, y que vamos todos a desnudarnos y ahí nomás la peló como quien dice, y todo el mito que empezó a circular en torno a lo que se vio salir de adentro de los pantalones de ese muchacho, queriendo llegar al punto de que yo, la otra noche, en lo del Gato, todo lo contrario a Morrison, María Marta. Cuando terminé se puso los lentes negros y siguió caminando ensimismada, un poco adelante mío. Le miré la espalda y no pude dejar de hacer una mea culpa.

Antes de escuchar *Kicking against the Pricks*

—Prick es la picana para aguijar los bueyes, para que muevan el traste cuando se empaacan. Si el buey empieza a cocear se la enterrás más profundo, o sea que cuanto más se rebela, más sufre.

—Aha.

—Es la metáfora que usó Jesús para cuestionar a Saúl que estaba persiguiendo a los cristianos; le habrá dicho en un inglés mal pronunciado: Saúl, why persecutest thou me? It is hard for thee to kick against the pricks, o en un español imposible, Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?

Dura cosa es dar coces contra el aguijón.

—Aha.

—Y fijate que el mejor tema del disco es el cover de John Lee Hooker, I'm gonna kill that woman, o sea que el blusero, que siempre fue medio putito con las minas que suelen dejarlo de garpe, Baby Lee, you know you ain't treat me right, you take all my money, wanna treat me like a child, etc, arremete contra la chirusa como si fuera un compadrito o un gangsta, y ahí la pifia. Porque no puede ir en contra de su sino, como dijo alguna vez Juan Moreira; en ese sentido el blues es matriarcal.

—Aha.

—Y me extraña de John Lee Hooker que escribió la canción más paradigmática del género, I wanna be your puppy, baby, lo que en argentino podría traducirse por quiero ser tu trapo de piso, con toda la carga despreciativa hacia el choma que se deja dominar, porque nosotros no diríamos quiero ser tu perrito, o quiero ser tu mascota, o quiero ser tu osito de peluche; preferimos la figura incestuosa y pedófila: quiero ser tu papito, bebé.

—Aha.

—¿Te dije las cuatro cosas que más me excitan de una mujer?

—No, Gato.

—Botas puntiagudas de cuero y taco aguja, pelos en las axilas, vello púbico abundante o afeitado al ras y blusa de manga corta en un día de mucho frío. Ya no me rebelo más, las dejo que me basurreen. En bombacha tiene que notarse el bulto de

la maraña de pendejos y si apoyas la cabeza tiene que sentirse como una almohadilla de avión, algunos pelos asomarse por entre el elástico, un poco de olor a chivo, las tetas sueltas debajo de la blusa y ese frío que te pone la piel de gallina. Ahí me tenés entregado, dame con la picana y arame la espalda.

—¿Qué te parece si ponemos el disco?

El recital de Los Brujos

Los chicos de zona sur intimidaban. Estaban liberados esa noche. Nosotros no nos quedábamos atrás pero curtiéndola tranquilos. La noche se abría adelante nuestro y el aire era un bálsamo. Bajamos en la estación de Temperley y fuimos caminando por Meeks, sintiéndonos bien, conversando de música, riéndonos fuerte. Nos cargábamos por todo y nos manoseábamos para joder. Las chicas no entendían bien lo que pasaba y estaban un poco asustadas. Nosotros nos adelantamos y ellas nos gritaron que las esperemos. Estaba subiendo de a poco, pero todo tranquilo, como habíamos calculado antes de salir. Mirábamos el cielo negro y contábamos los conocidos que se habían muerto. Eran tan pocos: El finado que se mató en un accidente de tránsito en Brasil, el batero que se quedó dormido en la bañera por el monóxido del calefón, nada heroico. Yo había dicho que para el próximo eclipse uno de

nosotros no iba a estar, sentado en el pasto, tomando cerveza. Caminábamos por Meeks, el viento era frío y no lo sentíamos, la luz de la calle tenía un color amarillento y daba el aspecto de un interior. Cruzamos el empedrado sintiendo el abrigo del aire sobre la cara y la luz amarilla. Jugábamos a caminar con los ojos cerrados, guiándonos por las instrucciones que nos daban las chicas, como esa prenda de Feliz Domingo. A mí me hicieron caminar por un charco y al Gato tropezarse con unas bolsas de basura. Prendí un cigarrillo y el filtro esponjoso se me deshacía en la mano. Me quedé admirando las nervaduras de la mano, me gustaban mis manos, tenían algo que decir. El se rió y me preguntó que hacía. Yo llevaba los brazos estirados, las manos abiertas, los dedos bien separados dibujando una sombra en la vereda. Las chicas nos gritaron, se habían quedado una cuadra atrás. Doblamos en la esquina nos miramos y salimos corriendo como locos. Nos dolía la panza de correr y reírnos, no paramos y doblamos en zig zag dos o tres veces, hasta que nos dimos vuelta y vimos que las habíamos perdido. Tardamos en ubicarnos, caminamos varias cuerdas más hasta que vimos al grupo de chicos en la puerta de la Carpintería. Ahí estaba la gente del sur, saltando, gritando, haciendo guerra de caballitos, besándose con desparpajo, tan distintos a nosotros. Estaban en su barrio como en el jardín de su casa. Algunos eran amigos nuestros, nos gritaron de lejos y vinieron a saludarnos con abrazos y palmadas ruidosas en

la espalda. Nos contaron que uno de las cantantes (creo que Ricky) estaba tirado en el asiento de atrás del auto y no lo podían despertar, igual me daba lo mismo, yo siempre lo había preferido al otro, al morocho que tenía más onda HC. Algunos pibes lloraban y se peleaban a los gritos con las novias, otros cantaban o se hacían takles, se cruzaban los pies para trastabillar, daban tincazos, coscorriones. Había corridas en la calle. Todo medio salido de madre. El Gato y yo nos perseguimos un poco, hicimos una vaquita y entramos enseguida. El lugar era grande y estaba lleno. La gente se salía de la vaina. Grititos contenidos llegaban de todas las esquinas. Fuimos a la barra a comprar dos vasos grandes de cerveza. Nos mirábamos a los ojos y nos metíamos miedo. Me decía ¡como estás! y me tenía agarrado del brazo bien apretado. Soltame man, le decía y se cagaba de risa sin dejar de apretarme. Vamos a tranquilizarnos pensaba yo, pero era imposible. Las luces se apagaron y se escucharon más gritos, nadie se podía controlar del todo y los cuerpos se movían eléctricos. Uuu, un, unn, uuuu, ha, ha, ha, hola, ho, hooo, dijo la voz probando el micrófono.

Fede, María Marta, el flaco parecido a Coco Tea y su hijo: lo que pasó

Durante los siete días que acampamos con Fede en Lagoinha do Leste nos visitó cada día, de noche, un pendejito de diez años que se hizo amigo suyo enseguida. En Lagoinha no había nada ni vivía nadie salvo unos surfers que dormían en una choza entre las rocas de la izquierda, del otro lado de la laguna, y unos negros que acampaban en la otra punta, pegando la vuelta, que apenas se los veía durante el día. Una vez sola fui a buscar agua a la canilla que tenían los surfers, conectada a una manguera que bajaba del morro, y no pararon de mirarme la cola y eso que estaba con un pareo. Yo no tengo muchas tetas y arriba me había dejado la malla sin nada. Lo único que quería era llenar el bidón con ese agua limpita para poder lavarme tranquila más tarde. No había traído los óvulos y tenía un ardor terrible. Hubo que comprar comida en Pantano do Sul antes de la caminata de dos horas a través del morro hasta la playa. Se ve que enseguida se corrió la bola que Fede había traído una botella de cachaca. Yo le avisé que la esconda porque iban a pensar cualquiera. El la dejó abajo del alero apoyada contra la tela de la carpa, del lado de afuera. La primera vez que nos fuimos a dar un baño en la laguna vino nadando hasta nosotros el negrito, con esa dentadura blanca y brillante de los negros negros. Fede se puso a hablarle y me dio

la espalda. Le mostró una vertical abajo del agua e hicieron una competencia para ver quién aguantaba más sin respirar que ganó por poco. El negrito me miraba de reojo y me sonreía. Era muy simpático. Me dijo en portugués y por señas que no usara jabón para bañarme porque el detergente arruinaba la laguna. Esa misma noche lo vi cerca de la carpa haciéndose el distraído y lo llamé. Tenía un vaso en la mano y me pidió un poco de cachaça para el papá, porque el alcohol le mataba todos los bichos de la panza. Le contesté que le tenía que pedir a Fede. La noche siguiente vino con el padre, un flaco huesudo de más de treinta, bigote y barba idénticas a la foto de la tapa de un disco de Coco Tea que tiene Fede. Estuvieron hablando con él un rato largo. Yo los escuchaba desde adentro, metida en la bolsa, y los espiaba por el cierre. El flaco le dijo que no camine descalzo por el bicho do pe que a él ya le estaba subiendo por debajo de la piel, a la altura de la pantorrilla. Le mostró el caminito por abajo de la piel que no alcancé a ver. Con un vaso de cachaça morían todos los bichos. Cuando se fue nos pusimos a matar los mosquitos que se habían metido adentro de la carpa. Esa noche casi no dormimos, escuchamos unos ruidos de pisadas que se pararon justo frente a nuestra carpa, después una respiración fuerte y agitada y un bochinche de ollas y platos, pero no nos animamos a salir. A la mañana cuando nos asomamos encontramos todo el fogón revuelto, restos de comida por el piso y unos paquetes de fideos

abiertos y desparramados. Durante el día no nos cruzamos con nadie. Empezamos a discutir porque yo dije que no había ni una mujer en esa playa. A la tarde subimos el morro por un sendero y nos bañamos en un piletón que se formaba en un codo de la cascada. Yo me saqué la malla y Fede me hizo el amor en el agua helada, al aire libre. No acabé. Tenía la sensación que nos miraban. Se hacía de noche y volvimos. Desde lejos lo vi al amiguito de Fede esperándolo con los dientes y el vaso en la mano. Se lo llenó hasta el borde y el chico lo invitó a comer cangrejo a su campamento mañana. Nosotros comimos unas latas de salchichas con arroz campamentístico que prepara Fede con una cebolla rehogada en aceite y ajo. Yo estaba reventada y me dormí ni bien apoyé la espalda en la bolsa. Me despertó a medianoche un sacudón de Fede y sentí de nuevo la respiración asquerosa y las pisadas rápidas alrededor de la carpa. Me tapé y escuché que abría el cierre y salía corriendo a los gritos. Al rato se asomó cargándose de risa: eran dos vacas cebú. Casi nos habían dejado sin comida y estaba todo patas para arriba. Nos servimos dos vasitos de cachaça y nos quedamos charlando hasta tarde, contentos por todo lo que nos había pasado. Fede me tocó hasta que pude acabar. Yo se la chupé después. Al otro día se fue con el amiguito y me quedé ordenando las cosas y aireando las bolsas. A la hora, más o menos, llegó el padre de la tapa del disco con un pedazo enorme de pescado curado en sal. Pra você, me dijo. ¿Y Fede? Le pregunté.

Procurando carunguejo. No sabía qué hacer, me quedaba la choza de los surfers o relajarme y que sea lo que Dios mande. Me señaló un asiento mientras preparaba el fuego con unas manos callosas y curtidas como no había visto nunca en mi vida. Yo comprendía poco y nada de lo que decía pero se las arreglaba para darse a entender. Puso el pescado y nos quedamos callados un siglo. Del mismo bolso de tela de lona en donde trajo el pescado sacó un frasco de vidrio grande repleto de bolitas color marrón oscuro. Pra você, me dijo de nuevo, y me dio dos bolinhas, como él les decía. Sacó una tercera, pico la mitad con el cuchillo y armó un cigarrillo mezclado con tabaco. Me contó que pasaba seis meses en Lagoinha y los otros seis en Mato Grosso. No quise preguntarle qué hacía. Estaba re nerviosa y me parece que se dio cuenta por cómo transpiraba. Me ofreció una seca y acepté. Me quedé jugando con las bolinhas entre los dedos. Eran duras e imperfectas hechas de resina amasada, como cera paraguaya, me dijo después Fede. No dio vuelta el pescado: cuando estuvo blanco leche en la parte de arriba, branco como leite, me dijo, pinchó un pedazo y me lo acercó a la boca, que se me llenó de saliva.

El Finado y la droga

El Finado sentía un amor auténtico por la droga. No el que acompaña el amor por la música y lo complementa, sino el que se independiza de todo lo ajeno a la relación pura y sustancial. Conocí pocas personas con ese grado de entrega, Tornillo puede ser una, Mr. Muerte otra. Pero el Finado le aportaba ese trato primoroso, delicado, atento, que de por sí constituía un plus difícil de igualar. Como un guerrero lustrando su arma, o un cantor templando su instrumento, el Finado manipulaba la droga con rigurosa suavidad. Innovador, desprendido, paciente, la sometía a las curas más amorosas para dulcificarla y humectarla. Se complacía en compartir el producto de su alquimia: la droga macerada en frutas como una macedonia hilarante, embebida en coñac como un sueño vaporoso, horneada en un bizcochuelo terso como piel nueva. Antes que el efecto buscaba el placer del contacto, tal un amante retarda, sabio, un beso profundo. No supe nunca, en los años que lo traté, que se haya quedado sin droga un solo día. Un sinnúmero de escondrijos resguardaban el abasto: en recovecos siempre ventilados, cajas musicales forradas en paño carmín, alhajeros de plata bruñida, antiguas latas de bombones, se entregaba la droga a su modorra apacible, como un genio espera al amo que lo libere o una cautiva a su gaucho fiel. No tuvo mejor compañera que la droga y fue amado y co-

rrespondido como cualquier hombre debiera serlo. No necesitó a nadie ni adoleció de nada, se drogó y se drogó sin abuso, de un modo racional, justo, ejemplar.

Escuchando *Original DJ*

—Sabés qué Gato.

—Que.

—Qué capo U-Roy.

—Si.

—¿Por qué pensás que te lo digo?

—Porque te gusta.

—¿Te pusiste a pensar como maneja los tiempos para intercalar las frases?

—No.

— Tené en cuenta que canta encima de un tema que ya tiene su propia letra, como que yo te pida que escribas un poema arriba de otro que te sirve de soporte, y el tipo le agrega su voz, dialoga con la del otro, comenta lo que dice, se detiene en un verso, lo rehace, le cambia el sentido, lo usa a su antojo.

—Como el partner del cumbianchero cuando grita palma, palma, palma. Viste que algunos grupos de cumbia vienen con un MC que comanda al público.

—Yo más bien estaba pensando que la restricción obra como un factor creativo. Tiene que encajar

su discurso en los tiempos muertos que le deja el tema. Fijate...cantá el himno, dale.

—¡Oíd mortaaales el griiito sagraaaado!

—Oí mortal, lo que te grita tu país, siiiii, ¿Oís?

—Dejate de joder, man.

—¿Leíste la reescritura del himno de Lamborghini?

—¿Osvaldo?

—No, Leónidas.

—¿Está buena?

—Oímos el grito de lo mortal de lo roto de las cadenas. oímos el ruido de lo mortal en el trono. oímos en el ruido el ruido de lo roto de las cadenas...me hacés ir de tema, Gato.

—...

—Te decía que el molde es un atajo creativo impresionante, porque de todo el universo combinatorio posible vos limitás de un saque la mayor parte. Cuando decís: voy a escribir un soneto, ¡listo! son cuatro estrofas, dos cuartetos, dos tercetos y a la lona.

—Pero hay muchas variantes del soneto.

—No importa. Elegís una y te autolimitás. Como Georges Perec que escribió una novela sin la letra e, que es la más usada del francés. Se llamaba justamente *La Disparition*.

—Imposible de traducir De-sa-pa-ri-ción. La única que le falta es la u.

—Hay una traducción al español sin la letra a, se llama *El secuestro*.

—Debe ser una porquería.

—Sí.

- La mejor muestra del abismo de la traducción.
- Si.
- ...
- Es una regla poética. Parece rigurosa, pero el resultado es inagotable. Como los poemas heterogramáticos: once versos de once letras distintas cada uno.
- Y eso qué tiene que ver con U-Roy.
- Te decía por eso de que improvisa arriba de un rocksteady que le marca el tempo del fluir de la letra.
- Pero esa es la más pura tradición del deejaying. Poesía oral, ponete un Gabino Ezeiza.
- Ponete un Moreno.
- Ponete un Count Machuki con el mejor sound system de Jamaica que de repente se pone a improvisar unas rimas arriba de los vinilos para entretener a la gente y calentar la pista de baile.
- Escuchá, es el súper clásico de Dennis Brown.
- El estilo formulaico de los poetas griegos.
- Westboud Train.
- Qué fluidez.
- Espera que viene la versión de Big Youth.
- Nada que ver con Perek.
- Bueno, Gato.
- ...
- Que capo Niney.
- ¿Quién?
- El productor...le faltaba un dedo, por eso lo de niney.

Tapas de discos de la colección de Fede pintadas por Raymond Pettibon

La chica que le robó el novio a la hermana, cuando todo era vértigo, calor, fognazos, mató a sus padres y salió a la ruta, fumando con expresión inmutable, el chico sentado al lado, el brazo por detrás, aferrado a su chaqueta, con un rictus de fría aceptación, los lentes negros perdidos en la línea blanca del asfalto; el hombre que asesina o coge a la mujer con una cuerda alrededor del cuello, la mujer que grita, sufre o goza con una cuerda alrededor del cuello, mientras afuera se termina el mundo; los dos tipos que se enfrentan como perros rabiosos, el que está en la esquina acorralado levanta los puños, el otro lo amenaza con una silla, como un domador de leones de circo, negro absoluto afuera; el equipo de filmación en una toma erótica de cowboys, el hombre más petiso que la mujer, subido a una tarima para acariciarle los pechos, los técnicos enarbolando armas de fuego como micrófonos; ella con un vestido negro de noche, una herida en la frente, él con la frente lacerada, los cuchillos filosos salen de las manos invisibles, como un juego, espían la escena de los padres, apoltronados en el sofá mirando por televisión el fin del mundo; el adolescente acurrucado como un animal contra un rincón de la pared, el piso manchado con su propia sangre negra; la marioneta asesina; el padre de familia que le disparó a sus hijos, mató a

su mujer, se apunta a la sien; la monja de hábitos aferrada a un par de piernas desnudas de hombre, el gesto inescrutable; la mujer soez, mor-diéndole el cuello al hombre de negocios exitoso que ríe; la perra rubia, camp, en ropa interior; el graduado desabrochando el corpiño de la chica que se va a coger como recompensa a sus esfuerzos de estudiante, las manos que limpian el caño del revolver, el policía jugando con la cachiporra apoyado en el patrullero, el hongo atómico, la histérica y el enfermito a punto de coger o matarse, la libertad bien entendida.

La versión del Gato de Family Man tal como la recitó el día de su cumpleaños

—¿Querés al padre de familia o querés al promiscuo? (le pregunta Henry con voz cavernosa) vos elegís: —padre de familia (contesta Kira). Padre de familia, entonces (dice Henry y hace una pausa que se corta con una letanía): padre de familia, padre de familia, padre de familia... (dice baltando como una oveja) con tus miraditas, sin jugártela por nada cada nuevo día, padre de familia (dice Henry con desprecio o ira) con tu vida totalmente planeada (recita con asco), con tu frágil castillito de arena (dice parado con las piernas abiertas), riéndote para tapar tu culpa (en pantaloncitos cortos negros), padre...de familia (dice separando palabras que pesan tonela-

das), acá estoy (dice), padre de familia (la mirada desencajada), vine a infectarte (escupiendo bilis), vine a violar a tu mujer (la espalda tatuada con esa leyenda perversa en letras góticas), vine a sacar a tus hijos a la calle (ruge o susurra), vine por VOS padre de familia (el vaho del aliento cálido o fétido), padre de familia, con las luces del arbolito colgadas (dice evocando una escena navideña), ¡que hombre! (ironiza), el primero de la cuadra en poner las luces de navidad (con voz amariconada), padre de familia, padre de familia (reza medra), quiero crucificarte en la puerta de tu casa (todopoderoso), con los clavos de tu ordenado garage (enceguecido), padre de familia, padre de familia. Padre de familia (dice). San papá. Padre en llamas. Vine a incinerarte. Volví a casa.

La política y los discos según Fede

Con el dólar barato de Martínez de Hoz pude cargarle mi primer grabador National Panasonic a un amigo de la familia que viajaba seguido a Miami por esos negocios turbios que se hacían entonces. Era la época de la plata dulce y yo todavía ignoraba que el tipo de cambio iba a incidir en mis posibilidades futuras de acceso a la música. Tampoco me preocupaba mucho. En casa teníamos un tocadiscos Ken Brown que sonaba bien polenta, escuchábamos con mi hermana

Serú Giran, La máquina de hacer pájaros, Raúl Porcheto y las ediciones nacionales de Queen (teníamos un simple con “Bicicleta” en la cara A y “Chicas gorditas” en la B). Mis viejos se amasijaban con Maria Marta Serra Lima, Julio Iglesias y Eydie Gorme y el trío los Panchos. Después de la dictadura me regalaron mi segundo grabador ¡con doble cassettera!, era la gloria, Alfonsín todavía la piloteaba pero la inflación empezó a dispararse a un ritmo vertiginoso, el dólar se fue al carajo y los discos importados pasaron a costar un huevo. Por esos años frecuentábamos la disquería Tabú, en el subsuelo de la galería Bond Street. El maestro Tabú oficiaba de sacerdote del demonio y nos iniciaba en los ritos prohibidos de la contracultura neoyorquina. El sistema funcionaba así: vos ibas y revisabas los discos de las baatas, sin reparar en los precios, ya que era imposible comprarlos, hacías tu elección y encargabas la copia en cassette, no sin antes escuchar los consejos sabios del profeta. Porque él nos miraba de reojo babearnos con el EP de Sonic Youth y Lydia Lunch, *Death Valley '69*, y soltaba al pasar, con la parquedad del tipo grande que sobra a los pendejos: deberían escuchar *Hysterie*. Y era como una piedra en el zapato que no podíamos tolerar por mucho tiempo. A la semana siguiente estábamos firmes, al pie del cañón, encargando el doble de Lydia Lunch que recopilaba los primeros diez años de su carrera. Y claro, Tabú te tiraba con munición gruesa: El disco abría con los Teenage Jesus and the Jerks en plan punk sucio y

tortuoso, la banda de sonido perfecta para eviscerar una víctima propiciatoria. Y cuando creíamos que ya había pasado lo peor se venía otra formación de la dama bestial todavía más temible, Beirut Slump, algo así como una patota de zombies que te quiere morfar el cerebro. Nada de no wave: música caníbal. Era verdad entonces que las cuerdas se hacían con tripas. Cuando ya empezábamos a rogar clemencia el sabio compilador del disco nos recompensaba el tour de force con una selección de 8 Eyed Spy, la banda que por fin paría a nuestro viejo y querido blues, con versiones del clásico de Creedence (“Run through the jungle”) y del genio de Bo Diddley (“Diddy Wah Diddy”) pero enfermas, o mejor, mutiladas; no: vástagos perversos concebidos por superfección (como le gustaba decir a un ensayista argentino).

Volvíamos a la disquería como pollitos mojados. Tabú nos ignoraba como siempre con un rictus inmutable aunque yo sabía que gozaba por dentro. Nos había preparado con esa paliza feroz para un plato fuerte: el primer disco de Suicide. Esperaba soberbio a que nosotros lo salteáramos de nuestro recorrido habitual por las bateas (con ignorancia pasmosa) para sugerirnos, sin levantar la vista de un catálogo, el disco imperdible. La puta madre. Nos mirábamos con miedo pero ya estábamos en el baile. Nuestra sorpresa era brutal. Después de la Lunch Suicide era un bálsamo engañoso, pura violencia contenida e inminente: un teclado de morondanga, una caja de

ritmos vetusta y el registro elvispresliano de Alan Vega producían una mezcla amenazante y moderna. Suicide se alineaba contra todo los pronósticos (sin batería, ni bajo, ni guitarra) en la línea primal del rock & roll como dos bluseros venidos del futuro.

Subió Ménem y el mercado financiero colapsó. Erman González congeló los plazos fijos y nos agarró con el aguinaldo entero depositado en el Banco de Galicia al doscientos por ciento. Todo ese verano interminable evitamos pasar por Tabú, no teníamos ni un mango. Transpirados y aburridos en el cuarto, sin ventilador, soportamos el golpe de calor enajenados por el ritmo salvaje y repetitivo del tecladito depravado de Martin Rev.

Qué le contó María Marta al empleado de seguridad del shopping

—Yo lo quiero pero no puedo seguir con él. Tengo que pensar más en mí, preocuparme más por mí, ¿entendés?

Porrrr mí, ennnn mí, ponele onda, Roloooo.

—No te valora.

—Cuando están los amigos o salimos en grupo siento que me desprecia ¿entendés? se sienta enfrente y no me toca, no me da bola, se van todos a tomar al baño cada dos minutos y piensa que no me doy cuenta que está re duro.

Re Duro, siiii vamos, con esa boquita Rolito, re duro, re duro, decímelo de nuevo, duro, duuuuu-ro, en la boquita.

—Qué zarpado el tipo.

—¡Qué te parece! más que zarpado, y Fede que se dice tan amigo de él y después se queda sentado con nosotras y me come con los ojos, me tendría que cuidar un poquito más porque un día, cuando se quiera acordar ya va a ser tarde.

Tarde seeeee ¿esta tarde qué haces, flaca?

—¿Me estás escuchando, Rolo? Te decía que el supuesto amiguito del alma se queda hablando pavadas conmigo en la mesa mientras el resto se van a tomar al baño, como si yo no me diera cuenta por los pedos que se tira que se muere de ganas de ir con ellos. Pero tiene la idea fija, no sabés, está obsesionado.

La idea fija, claroooo, la idea fija, tranquilo Rolinga, pingazooo.

—Qué desubicado.

—Hoy se va a un recital con los amigos y resulta que no van con novias. Justo hoy que es Viernes. Yo acá parada todo el día, laburando, porque vos sabés que hay que estar acá poniendo cara linda, sonriendo a los clientes, parando la colita.

—Decímelo a mí que te hago la pata todo el día, flaca.

—Que antiguo que sos, Rolín, no sé como me cuelgo a hablar con vos, ¿te viste ese uniforme ridículo?

—Es el de la empresa qué querés.

—Y sale transfigurado ¿vos viste como se ponen? Y me agarra del brazo y me lleva de prepo hasta el auto adelante de los amigos. Sale como loco, no te imaginás lo que me hace...me da vergüenza contarte.

A donde se la lleva, Rolete, por dios, se la va a garchar en el auto, flaca no me cuentes más, por dios te lo pido tené piedad.

—Te cuento a vos porque sos vigilador que no es lo mismo que policía. ¿No sos ex-policía no? Pero no sé si decirte.

—Por favor, con confianza, flaca, te pensás que nunca me hice un tiritito.

—No, es una guasada, en serio, un asco, me vuelvo para el local después la seguimos.

Flacaaaaa, qué me ibas a decir que te la espolvorea como un talquito, por Dios y yo con la cachiporra en la mano, qué recitales, ni qué amigos, ni qué baños, ni qué papusa ¿sabés como te entro flaca?

Cuando toma anfetaminas se ríen y le preguntan ¿qué hay en su cabeza?

Le estaba contando al Gato una anécdota drogona de Lou Reed en el Olympia de París, allá por 1973. Y eso que me hartan las anécdotas de la droga y los pibes que se especializan en contarlas. Me irritan sobre todo dos variantes: la que privilegia el exceso y la que divulga la intimidad

de algún personaje mediático. La primera obtiene su efecto por acumulación y sólo me produce malestar físico (nunca tuve un físico adecuado para los excesos); la segunda por individuación y pesa siempre sobre ella una sospecha de falsedad (a un drogadicto le fascina descubrir drogadictos famosos). La del viejo Lou en el Olympia de París era la clásica anécdota del exceso, y me sentí molesto conmigo mismo ni bien empecé a contarla, pero el Gato me pidió que siga.

Iba a empezar el recital. El público se salía de la vaina. Los músicos se acomodaban en sus lugares. Sonaban los primeros golpes de prueba de los parches de la batería. Lou Reed salía al escenario y en el momento de enfrentarse con su público se quedaba petrificado, en silencio, sujeto con las dos manos al micrófono a manera de sostén. El murmullo empezaba de a poco a subir hasta derivar en un griterío. Pasados los primeros minutos de estupefacción dos ayudantes entraban para sacarlo, uno de cada brazo. (Era importante la mímica, que al Gato lo reventaba de risa). Todo venía al caso de que Lou Reed había tenido sus épocas pesadas y yo trataba de desentrañar esta virtud esencial del músico de rock, para no conservar únicamente la imagen actual de un poeta y compositor admirable. El Gato me preguntó de donde la había sacado. Empezó a sospechar que era un invento. Pasé dos días tratando de encontrar el origen de esta historia. Nunca había estado en París; la única vez que vi a Lou Reed fue en el Gran Rex presentando *Magic &*

Loss y estaba en una forma insuperable. Tampoco se me ocurría quién pudo habérmela contado. Pero era tan real como un sueño que parece real, y esto se debía a la escritura de Eduardo Haro Ibars en cuyo libro, *Gay Rock*, finalmente di con el relato de esa noche de Setiembre del 73. El poeta maldito de la movida madrileña daba cuenta en un pasaje de aquella velada memorable, que no tardé en refregársela por la cara al Gato porfiado:

“El grupo que le acompañaba era el mismo que tocaba en *Rock and Roll Animal*, y las guitarras de Dick Wagner y Steve Hunter contribuyeron a hacer un rock duro y agresivo, en el estilo de las primeras grabaciones del Velvet. Reed salió a escena en un terrible estado físico, drogado quizás; cantó con dificultad, agarrándose al micrófono para no caerse, y tuvo que abandonar el recital tras algunas canciones, derrumbándose en brazos de su manager, incapaz de soportar el esfuerzo que suponía su actuación.”

Creo que a grandes rasgos mi versión era fidedigna, se me podría acusar por algunos detalles de mi invención (fundamentalmente, el hecho de que el recital no tiene lugar, más allá de la aparición patética del Sr. Reed), pero sí está representado el nudo dramático, condensado en la imagen del rockero agarrado del micrófono (imagen cara a la mitología del género). En su libro, Haro Ibars reproduce una fotografía de Lou Reed tomada durante el recital en cuestión, allí el cantante aparece vestido íntegramente de cuero ne-

gro (“como un gamberrito neoyorkino”) con el pelo medianamente largo y ensortijado, sosteniendo el micrófono con una mano a la altura de la cintura y rodeando el cable con la otra. El micrófono está separado del soporte, donde hubiera preferido que se mantenga en apoyo de mi historia y de Reed; claro que, seguramente, la foto refleja un momento previo al instante en que este se agarra para no caerse. Haro Ibars cuenta que la indisposición de Reed pudo deberse tanto a la heroína como al cansancio, lo que no puede decirse de su propia muerte, la de Haro Ibars, que nada tuvo que ver con el cansancio. Decía Alaska, cantante de *Los Pegamoides* y madre fundadora de la movida madrileña, que la lectura de *Gay Rock*, opera prima de 1974 dedicada al Parnaso de Bolan, Bowie, Reed y Cooper, la había impresionado tanto que hubiera querido ser un chico para poder ser maricón. Obviamente que el primer punk peninsular había tomado su mote artístico del tema de *Berlín*: “todos sus amigos la llaman Alaska, cuando toma anfetaminas se ríen y le preguntan, qué hay en su cabeza, qué hay en su cabeza.”

Catálogo de compañeros de oficina del Gato, con una coda dedicada a su jefe

En la oficina, no conocerá definitivamente a una persona hasta saber qué música escucha. El nuevo entrará con esa actitud impostada, entre cortés y condescendiente, permisiva y educada, de centro-derecha, contenida en lo justo para no impedir que aflore el ingenio (medido) y el comentario inteligente. Pero enseguida empezará a dejar traslucir sus miserias, en forma de tics incontrolables: estará el del orden compulsivo y traje atildado, estará el de legañas espesas y brillos de caspa, estará el que se acomoda el bulto mientras conversa, estará el ahorrativo de bremer con olor a naftalina y pitucones en los codos, estará el que lee *Mi Lucha* pero es macanudo, estará la casada con hijos que entrega, estará el socio vitalicio de Huracán que hace crucigramas de *La Nación*, estará el que tiene hijos con problemas de drogadicción, estará el que tuvo un infarto y no baja al comedor a ver el partido de Argentina en el Mundial, estará el puto amigo de las mujeres, estará el que jugó en la tercera de Comunicaciones, estará la poetisa mezcla de Pizarnik y Cerati, estará el músico que teloneó a un grupo en un festival a beneficio en Mercedes, estará el gracioso que imita a los compañeros, estará el separado que chatea con adolescentes, estará el pendejo fachero garchador neto, estará el que colecciona almanaques originales de Moli-

na Campos, estará el que desmenuza una galletita Lincoln en un tazón de mate cocido a las cuatro en punto.

No es conveniente acrecentar vínculos con un oficinista sin antes despejar las dudas acerca de su identidad, encubierta tras los rasgos comunes del biotipo. Encontrará que quienes gustan de los Beatles son personas agradables, para salir un día a tomar una cerveza y no pasar de ahí, los que escuchan Pink Floyd pueden llegar a ser buenos amigos, aunque desconfiados, los que idolatran al chaqueño Palavecino esconden algo, los que admiran a Miles Davis serán buena compañía a la hora del almuerzo, los fanáticos de Queen ambiguos y buenos asadores. Pero cada quien deberá intuir de antemano su propia lista de correspondencias (A negro, E blanco, I rojo, U verde, O azul).

El Gato nunca había escuchado a Michael Bolton o Peter Cetera cuando el jefe le contestó que le gustaba Michael Bolton o Peter Cetera, pero advirtió que era la respuesta más alarmante que podía recibir, incluso peor que Phil Collins o Kenny G. Ni siquiera había reparado en sus fotos. Se imaginaba a Michael Bolton o Peter Cetera con chaleco de cuero, camisa floreada, jeans, botas texanas y pelo enrulado; el rostro regordete y pozeado como un leproso curado de *Papillion*. O sino: camisa azul francia desabrochada hasta el pecho, cardigan, saco blanco y pantalón de vestir, pelo lacio y largo con reflejos, dientes chiquitos y apretados en la boca. Lo presentía afeitado

a la perfección como un bastidor publicitario de una disquería. Nunca había sentido curiosidad por Michael Bolton o Peter Cetera ni conocido a nadie que tuviera siquiera un cassette grabado, hasta que su jefe le contestó casi con la autosuficiencia del que insulta con ganas: Michael Bolton o Peter Cetera. Supo de inmediato que su carrera en la oficina estaba acabada: ególatra con ínfulas de comprensivo, pulcro y detallista, altanero y terminante. Michael Bolton o Peter Cetera: seca la mesada con una balerina y cubre de papel higiénico la tabla del inodoro antes de sentarse.

El abuelo de Fede: ningún gesto del rockstar

Martínez Estrada, que practicó con inteligencia poética la forma del ensayo, dedicó unas páginas al cuchillo, tratándolo de adorno íntimo, de insulto, de falo. Observó allí que es raro el suicidio con cuchillo: es un arma del hombre para afuera, escribió, de la empuñadura hacia la punta; no se vuelve contra el amo, como el perro, que es lo que se le parece más.

El abuelo de Fede, que el año pasado se clavó un cuchillo de cocina en la barriga para matarse, no tenía perro, por lo que desconocía la fidelidad del cuchillo, o no supo cultivarla. Intuía, quizás, como aquel filósofo alemán, que esa monstruosa cohabitación con los animales domésticos le re-

fregaba en la cara la historia del amansamiento humano, la cría del hombre por el hombre.

El abuelo de Fede no se pegó un tiro en la boca, no se colgó del techo del departamento, no se asfixió con una bolsa de plástico, no se ahogó en su vómito acostado boca arriba en la bañera: ningún gesto del rockstar lo sedujo. Era muy prolijo y nada lo convencía. Un día fue a la cocina, eligió un cuchillo, agarró el trapo de piso, lo extendió junto al sillón apoyó el teléfono en el almohadón y se sentó en el suelo.

Según Martínez Estrada, percibió, a través del brazo y el corte anatómico, el estertor de la víctima (el suyo propio), y en la sangre que le mojó la mano, la agonía caliente, el derrame de la vida.

De la cocina al living-comedor: ¿lo guardó entre las ropas como un amuleto, junto a la carne? ¿Sintió el contacto fiel a cada paso? ¿Cómo lo empuñó, con el filo hacia arriba o hacia abajo? ¿Se apoyó sobre la punta e hizo presión suave o se asestó un golpe seco e indubitable?

DADA no huele nada, no es nada, nada, nada

El Gato me está recitando un poema fonético,
dice: Lanke trr gll / p p p p p / oka oka oka oka /
Lanke trr gll / pi pi pi pi pi / zuka zuka zuka
zuka / Lanke trr gll / rmp / rnf / Lanke trr gll /

rmp / p p p p p / rnf / pi pi pi pi pi / Lanke trr
gll / p p p p p / zi U J u / zi U A u / zi U J u / zi U
A. Se contorsiona, grita, se desfigura. Me gusta,
le digo, dejámelo ver. Pero cuando estiro la
mano me esconde el libro detrás de su cabeza
con un movimiento rapidísimo. No tiene gracia
leerlo, me dice, está todo puesto en juego en el
recitado, en la convicción. Tiene razón. Como los
gritos de guerra del rock and roll, le digo: ¡A-wo-
p-bop-a-loo-bop-a-whop-bam-boom! Claro, dice,
escuchá:

ka tangi te kivi

kivi

ka tangi te mojo

mojo

ka tangi te tike

ka tangi te tike

tike

Vuelve a cerrar el libro y me lo escatima cuando
lo apoya bien atrás. Dice que el rock no debería
tener letras. Debería ser todo Be-Bop-A-Lula o
Gabba Gabba Hey. El libro está forrado con un so-
bre papel madera de correo interno de la oficina
donde trabaja. El Gato se para arriba de la silla
de mimbre y declama: baubo sbugi ninga floffa /
siwi faffa / sbugi faffa / olofa fafamo / faufo hal-
ja finj / sirgi ninga banja sbugi / halja hanja gol-
ja / iddim / ma ma / piaupa / mjama / pawapa
baungo sbugi / ninga / gloffalor. Se contorsiona,
grita, se desfigura. Bajate que me rompés la silla,
le digo. Le traigo un banquito de madera para

que siga, pero se queda mirándolo y se vuelve a
sentar en la silla. Me lee un poema que se llama
Suicidio:

Abcdef

hijkl

mnopqr

stuvw

xyz

y otro que se llama

Persianas

¿Persiana?

Persiana Persiana Persiana

Persiana persiana persiana persiana persiana

Persiana persiana persiana persiana persiana

Persiana persiana persiana persiana persiana

Persiana persiana persiana persiana

¿Persiana?

Justo lo agarro distraído y le saco el libro de un
manotazo, para ver qué es.

Rata, recién llegado de Estados Unidos

Con Rata fue una onda nada más. El se apareció
un día en la casa de Fede después de un año lar-
go de viaje, recién llegado de Estados Unidos.
Como pasa siempre, se engancharon a hablar de
grupos, recitales y a grabar música. Yo empecé a
embolarme y cuando bajaron a comprar cerveza
decidí aprovechar para irme a casa. Mientras
Fede buscaba los envases nos quedamos charlan-

do en el pasillo, medio a oscuras. Estaba broncoado, venía de California y lo veía muy cambiado. Me preguntó cómo andaba y le dije que estaba contenta de verlo y le agarré la mano. Me dijo si seguía de novia y le contesté que sí, que las cosas estaban maso. Me preguntó también por mi novio, si seguía todo el día del orto. Mucho no me gustó. Una cosa es que lo diga yo. Aparte me sonó despectivo. Tenía un pantalón Levis achupinado y una remera de Social Distortion negra con las letras blancas que le quedaba hermosa. Vos sos mucha mina, me dijo. Bajamos a comprar. Eran las tres y media, el super estaba cerrado, así que fuimos al kiosko. Rata comentó que extrañaba la quilmes de litro, que allá era todo six pack y la budweisser era un meo intomable. Me acompañaron los dos a la parada. Fede empezó a joderme y le preguntó a Rata si no me veía más alta. Está mas tetona, contestó. Yo me reía. Estaba sin corpiño con una remerita suelta y un jean. Cero teta pero los pezones lindos, paraditos. Me apoyé en el poste de la parada del colectivo, al lado de Rata. Se hacía el disimulado pero cuando le acaricié el dedo chiquito me devolvió la caricia. Los saludé por la ventanilla del último asiento y a él le guiñé el ojo. Si me llamaba iba a decirle que venga hoy mismo a saludarme a casa. Tenía que hablar primero con mi novio, decirle que no me sentía bien, que dejemos el cine para mañana. Igual estaban mis viejos pero nos podíamos encerrar en el cuarto o ir a fumar un porro a la terraza, en las reposeras. Apenas me bajé en

la esquina de casa lo vi a mi novio sentado en el escalón de la puerta. Se paró de un salto y me señaló, con los brazos estirados y abiertos, una moto, apoyada contra el tronco del paraíso de la puerta de casa, justo donde le habían robado la otra. Recién la había comprado, recién, me dijo, y me vine para acá. En cuotas, una DKW antigua. Tenía una sonrisa de boca a boca. Me encantó la moto. Estaba feliz, lo miré a los ojos y le di un beso de lengua. Tenía las pupilas super dilatadas. Le hice una mueca inclinando la cabeza, y lo volví a besar. ¿Me dejaste algo? le pregunté. Con cara de felicidad infinita me dijo obvio amor, aparte traje esto: abrió el cierre de la mochila y sacó una botella de chandon rosado dulce, el que mas me gusta.

Un amigo del Gato que se lo quiso curtir con el verso de Cocteau Twins

¿Cómo se llamaba ese amigo del Gato que vivía también en Parque Patricios? ¿Ese que era fanático de Coil, Dead Can Dance, Psychic TV y toda esa meresunda? No se cómo ni cuándo se había hecho amigo del Gato que era tan apático. El Gato, con su infaltable equipito de jean, pantalón y campera Lee gastados de verdad, y el otro con esas camisas de seda color crema con algún volado raro, pantalones de vestir negros con rayas angostísimas que se veían sólo de cerca, zapatos

negros de horma y una piel tan blanca y transparente como la de Evita. Conmigo buena onda pero hasta ahí, el amor era con el Gato, que empezó a aparecerse de la nada con discos de Coc-teau Twins y Clan of Ximox que salían en edicio-nes nacionales impensadas. Nosotros éramos más ruff and tuff aunque teníamos nuestro cos-tado ambiguo que no pasaba de Bauhaus o Caba-ret Voltaire, si se quiere Swans o Virgin Prunes. Éramos de Parque Patricios, tomábamos el 9 para ir a cualquier lado y comprábamos cerveza en el almacén donde paraban los ricoteros que nos miraban de reajo aunque nos conocieran de vista. Nos cortábamos el pelo con maquinita por cinco pesos a dos dedos de la camisa. El otro te-nía una delicadeza de maneras y un trato amabi-lísimo, como un conde de Europa oriental. A ve-ces venía con la novia que usaba las uñas largas pintadas de rojo carmín y los breteles negros del corpiño a la vista. Era tetona y entrada en carnes pero muy sensual. Parecían una típica pareja de cocainómanos que no se conformaban con hacer el amor uno encima del otro. Yo lo cargaba al Gato porque estaba seguro de que se lo querían curtir. Y el Gato era experto en hacerse el boludo cuando lo miraban de ese modo directo, sin me-dias tintas. Muchas veces llegué al departamento y estaban los tres tirados en el sillón del living, cuando los viejos del Gato ya se habían separado y la madre laburaba todo el día. Lo escrutaba al Gato de arriba abajo pero ni un indicio: jean, re-mera lisa y zapatillas de cuero negras. Ella siem-

pre de pollera corta de raso y medias caladas. Ya era verano y este pibe ¿cómo se llamaba? estiraba las piernas largas sobre la alfombra y se desabrochaba los primeros botones de la camisa, mostrándonos ese pecho de bebé lampiño y hundido, de una enfermedad intrigante. Sin dejar de sonreírnos nunca, apoyaba la mano huesuda y pálida en la entrepierna de la novia. Se reía.

Proyecto de ley redactado por el Gato un domingo a la tarde

Todo individuo deberá experimentar el rock & roll en un momento de su vida. Será obligatorio, como la circuncisión, la primaria, o la vacuna contra la polio. Habrá salas de ensayo dependientes de los centros de gestión y participación equipadas por el estado para una formación básica: guitarra, bajo, batería y voz. Las variantes a este esquema deberán pedir autorización previa y llenar un formulario anexo justificando el requerimiento: power trío, teclados, doble batería, sección de vientos o lo que fuere. Se aceptarán grupos ya conformados o solicitantes descolocados. Estos últimos serán agrupados de acuerdo a sus gustos y tendencias mediante un test breve y preciso. Habrá tres charlas preparatorias: la primera para establecer contacto con el instrumento, la segunda sobre historia del rock y la tercera para responder dudas. El período de ensayo se

extenderá por seis meses, en sesiones de dos horas semanales. El estado será el encargado de proveer drogas y alcohol durante el lapso que dure la residencia. Previamente se realizarán chequeos médicos y estudios psico-técnicos para analizar los niveles individuales de tolerancia. Se creará un nuevo fuero judicial para formar peritos calificados en audición de rock. La ceremonia final consistirá en una performance libre del grupo frente a una terna de peritos. La aceptación se manifestará mediante sendas escupidas esputadas por estos últimos a los postulantes. Los jueces estarán facultados para solicitar bolillas especiales fuera de programa:

Perito 1: —Vomitá.

Perito 2: —Hacé un movimiento masturbatorio con la guitarra.

Perito 3: —Cortate una tetilla.

El álbum de fotos de bajistas de Fede

Esta es Kira, la foto es de 1984 con Black Flag. ¿Es hermosa no? Como todas las mujeres que empuñan el bajo y transpiran la camiseta. Tiene ese corte a la garcon con el flequillo al costado que le cae prolijo sobre el ojo. Remera sin mangas, brazos femeninos, busto parco. Esta es Lorna Doon, la bajista de Germs, todo lo contrario: embutida en unas calzas de tigresa con botas blancas media caña, campera y guantes de cuero ne-

gro, posando con su grupo en el Licorice Pizza. Esta es Kim Deal en el Town and Country club de Londres en 1988, tiene una de esas remeras holgadas y largas de las universidades yanquis mojada en los sobacos y abajo de las tetas, donde se apoya la silueta del bajo. Está cantando Gigantic. Se ríe y disfruta. Esta es Romi Mori de Gun Club. La foto es de la época de *Mother Juno*, está ojerosa con el pelo negro que le cae como dos chorros de lava. Esta también es de Gun Club pero con Patricia Morrison en el bajo. Y esta es ella con los Bags, y esta con Legal Weapon. Esta es Kim Gordon, de Sonic Youth, me intimida el vestidito, las líneas cortantes de la cara, los mechones rubios decolorados: no me animaría a estar en un cuarto desnudo frente a frente. Esta es D'arcy Wretzky, con las mismas transparencias negras que usó en el sobre interno de *Adore* y la mirada inescrutable del adicto. Esta es Meshell, rapada, la piel negra tersa sobre los músculos contorneados. El culito durísimo, los pezones violetas. Rogándole a su hombre que le demuestre lealtad.

Fede y la camisa de Stanaley Christodoulou

*Ella enciende un cigarrillo / (coro) y mira la pelea /
ella enciende un cigarrillo / (coro) y mira la pelea /
ella enciende un cigarrillo / (coro) y mira la pelea /
ella enciende un cigarrillo / (coro) y mira la pelea /
mirando la pelea se siente realmente bien ¡Bien! las
letras de rock nunca tuvieron mucho más que
decir, y aunque faltaban unos años para que me
hiciera amante del boxeo y me diera cuenta de
que no había nada obscuro en el castigo corporal
que se inflingían los contendientes a cambio de
dinero —como un herrero que se machaca un
dedo, una prostituta que se desgarró el orto, o un
administrativo que se clava un clip—, me acordaba,
mientras miraba impresionado al señor Flavio
Casanova impostando una pose característica
de Elvis, de la pelea que le ganó Galíndez a Richie
Kates en Johannesburgo por KO en el round
quince, el mismo día que mataron de un escopetazo
a Ringo en el Mustang Ranch, un cabarute
cerca de Reno, en el estado de Nevada, cuyo
reglamento prohibía el sexo anal y los besos en la
boca. Claro que esa no fue una pelea para mirar
despatarrado en el sillón del living disfrutando
un Chesterfield: Galíndez empezó a sangrar a
borbotones desde que le metieron un cabezazo
en el tercer round, del color petróleo que tiene
la sangre de verdad en los televisores blanco y
negro, que la hacen aparentar mejor. La camisa*

roja del cantante de los Casanovas me parecía la camisa blanca teñida de rojo (negro) del árbitro de aquel combate dramático, que se hizo famoso porque Galíndez aprovechaba la tela para limpiarse el chorro que le brotaba de la ceja cada vez que lo venían a separar, y así fue que quedó enmarcada en el salón de la fama del boxeo como un objeto de culto. En definitiva, si no fuera por esa camisa no hubiera retenido el título de los medio pesados, porque no se puede pelear con la sangre que se te mete en los ojos y no te deja ver ni el bulto que se te viene al humo, salvo que estés en Sudáfrica con todo el Rand Stadium enardecido y Tito Lectoure suplicándole al árbitro que aguante un asalto más antes de parar la pelea. Pero esto había ocurrido en 1976 y ahora estábamos en 1987, en El Taller, viendo a Los Casanovas con el Finado, que me había convidado mi segundo porro y yo le decía que no me pegaba, que veía todo normal, aunque no le contaba que la camisa del señor Flavio Casanova me hacía acordar a la de Stanley Christodoulou, el árbitro de ese combate mitológico a quince rounds, como eran antes, porque él estaba drogado y no podía entender una asociación tan directa.

Una historia de amor americana

El guitarrista que viajaba en la parte de atrás de la van estaba a punto de morir. Iba dormido ignorante de todo. Se sentía mal con fiebre y dolor de cabeza, por eso le había pedido a su novia que maneje. Tenía que descansar y reponerse para volver a cantar y tocar la guitarra en su grupo. En cambio, salió disparado por la puerta de atrás después que ella se quedó dormida y perdió el control del auto. Quedó ahí tirado con el cuello partido, en el desierto de Arizona, en medio de un silencio absoluto. Una muerte americana llena de color local. El mejor trío de punk quedó en la lona de la noche a la mañana. Ese mismo año de 1985 que ya se terminaba, su amigo inseparable de la secundaria, el bajista, había aprovechado entre gira y gira para zapar con una colega, que tocaba el bajo en un cuarteto salvaje. Se conocían porque eran todos amigos y grababan para el mismo sello. Incluso habían sacado un disco juntos, los siete integrantes de las dos bandas. Las mujeres son más perceptivas, aunque participen de la escena hardcore de California, y ella se dio cuenta que esa muerte era una catástrofe que había que remediar. Por eso oficializaron el dúo imposible de bajistas. Fervientes devotos del sonido de las cuatro cuerdas se entregaron a la autosuficiencia de sus instrumentos sin más. De esos diálogos eléctricos interrumpidos salieron muchas canciones que el bajista usó

también para un nuevo trío, con el baterista de siempre y un fana en reemplazo del del cuello partido en el desierto. Invocando su protección el grupo creció a la sombra gigante del malogrado, mientras la pareja continuaba recorriendo su camino alternativo. Por supuesto que terminaron casándose y divorciándose. De modo misterioso supieron sobrellevar las alzas y bajas conyugales.

Preparándose para un recital esta tarde

¡Qué bendición que exista el rock! ¿Qué haríamos sino con nuestras vidas? Los chicos que se levantan el sábado temprano y toman la leche con sus seres queridos, escuchan la radio y conversan, se duchan cantando Susie-Q o Johnny B Goode, en las afueras de la ciudad, donde las fábricas se entremezclan con los jardines de las casas, se secan tarareando con una toalla blanca, se calzan los levis y las zapatillas de lona rojas, guardan celosamente los instrumentos en sus fundas y en una bolsa resistente la armónica, el xilófono y las maracas que hiciera imprescindibles para el rock & roll el percusionista de Bo Diddley, Jerome Green, al punto de dar con el sonido característico para una edad dorada de los Rolling Stones. Van a tocar hoy a la tarde para los amigos y fans, de entrecasa, a recrear el mito del eterno re-

torno, la ceremonia satánico-operística que tan bien intuyera Screamin' Jay Hawkins. Es un regalo de los chicos que van a la panadería y también a la verdulería con un andar acompasado y una cadencia rítmica distintiva que no perciben los vecinos que los vieron jugar en la vereda y crecer hasta llegar a ser artistas de la música rock, que existe para hacer algo con nuestras vidas, para levantarnos temprano, con la música en la cabeza, la leche, la ducha, disfrazados de Ziggy Stardust para repetir su hazaña, el ascenso y la caída, en los minutos que duran los 30 litros de agua caliente del termotanque.

Vacaciones en Córdoba

Las peores vacaciones lejos. Con Fede siempre es lo mismo. El vive en su mundo y a los demás que nos parta un rayo. A las seis y media ya empieza a dar vueltas en la cama. Se levanta, va a al baño, vuelve a acostarse, se levanta de nuevo, se viste, prepara mate, lee, se le cae el lápiz. Yo me tapo la cabeza con la almohada pero ya me cortó el sueño profundo, no es lo mismo. Trata de abrir la puerta sin hacer ruido y pareciera todo lo contrario. Se va caminando hasta el río y vuelve fumado y todavía no son las 9 de la mañana. Entonces pretende que esté todo bien, que yo esté contenta, que ponga buena cara y que lo siga en todos los planes que se le ocurren para ese día.

Encima en Mina Clavero no hay nada para hacer. Todo es caminar, subir, bajar. Hoy tardamos más de una hora para llegar a una cascada con una olla donde él se quería bañar. El agua estaba helada y había una bandita de pibes que no me gustaban nada. El se puso a hablarles y resulta que eran cordobeses, y yo se que nos odian. La novia de uno me miraba de arriba abajo como si fuera de otro planeta. Yo tenía puestas unas calzas y un top haciendo juego, normal, un conjuntito lindo, nike original. Los chicos empezaron a armar como si nada y nos convidaron vino tinto mezclado con gaseosa de naranja. Me puse medio borrachita pero mal, depre. No sabía qué estaba haciendo ahí con esa gente que nada que ver conmigo, riéndose a los gritos y cargándose por cualquier cosa. Terminé muy asustada porque lo desafiaron a Fede a tirarse desde una saliente de la pared de la cascada, altísima. El tarado se hizo el valiente y no se podía ni parar. Cuando estaba subiendo se resbaló y se raspó todo el pecho. Los cordobeses se morían. Pero el volvió a subir y se tiró de cabeza. Tardó un montón en salir, me asusté muchísimo y me agarró un ataque de nervios cuando me vino a abrazar. Recién llegamos. No hablamos en todo el viaje de vuelta. Ahora se fue a escuchar música ahí afuera, tirado en la reposera. Si supiera lo que le pasa por la cabeza.

Vacaciones en Córdoba

Supongo que el cuis que tengo parado ahí adelante, haciendo esos movimientos insidiosos con el hocico que hacen los cuisés en el estado de alerta extrema en que viven, nunca escuchó este temita de Rosalía de Souza mezclado por Nicola Conte que le pongo adrede, para que se curta, primero, y para que reflexione: que el podrá ser muy naturalmente cuis pero vive carcomido por la amenaza continua que lo acecha en cada rincón de su miserable existencia, mientras yo estoy acá, sentado en mi reposera de polietileno imitación lona, escuchando un remix de la brasileña de la voz melosa, hecho con profusión de cables y enchufes. Te lo dedico, cuis, para que sueñes esta noche en tu madriguera de ramas secas que te convertís en una estrella internacional del nu-jazz, si es que podés tener ese sueño como yo la pesadilla de ser un cuis.

Rata, Virgilio

Rata es el Virgilio de mi historia del rock & roll. Cuando volvió de California en el 90 se sentó en la alfombra de casa y me dijo “escuchá esto”. Pasamos toda la tarde poniendo música y grabando mientras me contaba las anécdotas del viaje. Lo mejor vino al final. Había estado en Tijuana viendo a Jane’s Addiction y me traía el disquito re-

cién salido del horno: “Señores y señoras, nosotros tenemos más influencia sobre sus hijos de lo que tu tiene, pero los queremos, creado y regalo de Los Ángeles, Juanas Adicción”, decía una voz de mujer joven en un español rudimentario y mal pronunciado. Cuando Perry Farrell gritó *¡Here we go!* ya era de noche, apagamos las luces y el Rata empezó a saltar con los primeros acordes prepotentes de “Stop”; nos chocamos y se llevó por delante la mesita ratona, desparramando una cerveza de litro recién abierta y helada por el piso; me imaginaba al Rata haciendo stage diving desde el escenario mexicano mientras me contaba de su salto acrobático por encima de la marea de gente, atravesado por esa descarga eléctrica. Se reía con toda la cara y el cuerpo, con ese tembleque tan suyo. Yo fumaba y soñaba y él se reía y revivía. Después lo agarró desprevenido una apendicitis y tuvo que volverse, porque en Estados Unidos no había hospitales públicos y la operación costaba una barbaridad. Rata tenía ese desprecio gozoso del cuerpo que lo convertía, a su manera, en un intérprete de rock ¿qué lo diferenciaba, sino, en ese instante, suspendido en el aire, sin saber a ciencia cierta qué o quienes amortiguarían su caída, con los ojos apretados y el estruendo ventoso de las columnas de sonido rebotándole en el pecho, de cualquier artista del género, para el caso, aquel que caía fulminado por la descarga de artillería esperando que termine el mundo? Nada. Rata es un músico de jazz dándole rienda suelta a un estándar, un

escolar recitando el *Martín Fierro*, un poeta rebuznando, un duchante memorizando un estribillo, un actor porno. Deja toda mi esperanza afuera y me conmina a salir de esta ciudad secundaria.

El Gato contra los contadores: declamado y cantado

Una de las peores señales de debilidad que puede mostrar un hombre es quedarse esperando frente al mingitorio que le salga el chorro de pis. Entre los hombres más débiles debe, sin duda, contarse al contador. Se lo reconoce, justamente, por soltar el chorro inmediatamente después que empieza a orinar el de al lado. Necesita la iniciativa del otro para obrar. Vive escuchando el tintineo del pis ajeno. Nunca un contador murió ahogado y en la playa alquila siempre carpa para los días de viento. Prefiere el tejo a la paleta y Og Mondino a Coelho. Le pide al carnicero que recorte el borde de grasa del churrasco y el pollo trozado en ocho. En el tema la mamá de Jimmy, el señor muy gordo que le pregunta a Gieco si no le da vergüenza andar así vestido, es contador. En puerto pollensa es el gordito de gafas que alucina con las tortas. El vendedor que le da el consejo a la chica de la minifalda que quiere saber si el cuero es viejo, anhela estudiar contabilidad. Había un contador fanático de Phil Collins. Tenía

un placard con las corbatas ordenadas por escala cromática. Vivía con dos perros batata y una pecera que limpiaba semanalmente. Nunca cagó en la oficina, sólo lo hacía en el inodoro de su casa. Evitaba irse de vacaciones por este contratiempo. Cagar y mear son un problema para el común de los contadores. Nunca un contador mató a la esposa, aunque disfruta insultándola. Tampoco le hizo la cola, pero sí le paga las tetas. Adoran las fiestas navideñas y le chupan las medias a dios. Actualmente no existe ningún contador que integre una banda de rock. Cerati es el que más se asemeja al estilo compositivo de un contador. En el mundo nuevo de Riff no hay contadores. Adrián Dárgelos está mirando a la novia de un contador ¿y qué? Demoliendo hoteles trascurre en un cinco estrellas donde se desarrollan unas jornadas homenaje a Fowler Newton. Había un contador que se iba en seco mientras cagaba; casi todos tienen hemorroides y reflujo gástrico. La mayoría confiesa, en privado, que la mujer no se la chupa. Tienen, en general, una relación conflictiva con los fluidos corporales.

Elvis o Perón

Hubiera jurado que Elvis murió el mismo año que Perón. Y eso porque tengo presentes dos imágenes de la televisión que se convocan mutuamente en mi memoria: la cola interminable del velatorio del General, un día brumoso y frío de Julio, y el último concierto de Elvis, gordo y pasteado, en el Marquet Square Arena de Indianápolis. La primera en crudo blanco y negro, la segunda en colores abigarrados y lisérgicos. Claro que los tres años y monedas que median entre los dos decesos son una bicoca para los recuerdos infantiles. ¿Qué tengo que pensar? ¿Que fueron los dos hechos que más me conmocionaron por esos años? ¿Y el día que me agarraron comiendo chizitos y tomando cándor en el supermercado? ¿Y la tarde que mi viejo arrancó el auto y me dejó solo en Punta Lara corriendo atrás desesperado hasta que lo perdí de vista? Pero esos fueron acontecimientos de mi vida privada, sin mayor relevancia para el mundo, salvo para mi hermana que vio angustiada por la ventanilla cómo me iba haciendo más chiquito. En cambio los otros me habrán pesado con la carga de la tristeza de todo lo que me rodeaba. Como decía esa poeta alemana que leí unos años después: hay un llanto en el mundo como si el buen Dios se hubiera muerto, y la sombra plomiza que cae pesa como la lápida de una tumba. Y los dos eran, justo, dioses buenos.

Aunque en casa nunca había sonado la “Marcha de los muchachos peronistas” por Hugo del Carril, tenía un vecino que vivía en un conventillo a la vuelta y todos los domingos por la tarde abría de par en par las ventanas para darle volumen con devoción. Eso hasta el 77, el año que Boca ganó la Libertadores y mi vecino se compró el disco de Muñoz relatando la final con Cruzeiro. El delirio del último penal que le ataja Gatti a Vanderley reemplazó una voz inconfundible por otra en la banda de sonido del barrio. En cambio a Elvis lo tenía en vivo y en directo: cuando mi viejo no estaba dopado con tegretol entonaba con gracia el “rock de la prisión” en la versión de los Teen Tops, y yo disfrutaba de los movimientos pélvicos que hacían ondular el toallón que se ataba a la cintura a la salida de la ducha. Pero cuando se murió el Rey se vinieron los años duros y el último recital que pasaron por televisión cerró una época con el ocaso de ese sol azteca que llevaba grabado en la chaqueta blanca ajustada a la cadera. A toda esa muchedumbre apilada en la Avenida de Mayo para ver pasar el cortejo fúnebre con los despojos mortales no se le escapaba el parecido físico inocultable cuando gritaban Elvis o Perón o rey o general o dios bueno, de aspecto enfermo y música en los oídos. Apiñados en Graceland durante tres días y tres noches, descamisados de gamuza azul, imberbes, estúpidos, morían los sueños.

Fede contra los fantasmas

El papá de Fede sufría periódicamente convulsiones producto de una disritmia que le diagnosticaron tardíamente. Se levantaba de súbito por la noche (lo asaltaban mientras dormía) y corría desesperado gritando con toda la garganta en una tensión insoportable hasta tropezarse con una mesa o irse de boca contra una pared. Otras veces los arrebatos ocurrían asordados porque su compañera de lecho percibía el inicio de una crisis y lo tomaba con los brazos y piernas en tenaza tapándole la boca con fiereza. Terminaba siempre magullado, rasguñado, tirado en la alfombra con la cara colorada y las venas hinchadas por el sobreesfuerzo. Eran verdaderos tours de force nocturnos que duraban un instante pero quedaban repercutiendo en el pecho de Fede durante un rato. La madrugada quieta y callada como una madrugada estallaba sin aviso por la grieta del dique que abrazaba el sueño profundo del papá de Fede, como los temas de un minuto de Jerry's Kids que Fede escuchaba una y otra vez en esa antología sublime de hardcore punk, *This is Boston not LA*. Aunque nunca asoció el registro vocal insano de Bryan Jones con los alaridos desencajados de su papá, hoy pensó que de haber procurado una grabación ambiente de la manifestación epiléptica hubiera sonado de mil maravillas mezclada con la base instrumental gruesa y contundente de temas como Uncontro-

llable, Pressure o Desperate. Complacido por este hallazgo tarareó la música que recordaba con precisión y superpuso la imagen acústica (diría Seaussure) del grito otrora amenazante en un mash up de dulce violencia. Se le apareció su padre en chupines y borceguíes revestido de nuevas dotes que lo equiparaban a un Jello Biafra que por azar hubiese recalado en un rancho de Spegazzini. Decidió llamarlo por teléfono para proponerle filmar una convulsión, le explicó el sentido musical del proyecto y lo conminó a suspender el tegretol para agudizar las crisis hasta obtener el resultado deseado. Del otro lado del auricular escuchó la voz cansada y extraña del papá que respondía con monosílabos que se despegaban de la lengua con dificultad. Balbuceó que ya no tomaba ninguna medicación porque el precio del remedio se había ido por las nubes, que pasaba los sesenta y no se veía liderando una nueva escena arcore como vos decís, aparte los pañales de adulto que lo resguardaban de la incontinencia complicaban el calce de los jeans ajustadísimos que Fede le proponía usar para completar una puesta en escena verosímil. Fede argumentó que solo quería trocar un recuerdo por otro, transformar para siempre el grito a traición en un canto de combate, la huida desfavorada en un pogo frenético. El papá lo sacó escarpiendo después de tantos años sin hablarse.

¡A mi frente arrastrarse!

Cuando escuché que me gritó ¡cuerpo a tierra! a las cinco y cuarto de la mañana, frente al retén de la entrada, a mí, que era uno de los que claramente se sentía interpelado por la orden vociferada con altanería, conocí, ya tirado en el piso, mirando de costado los borceguíes lustrosos, la mejilla pegada al pavimento tibio, la relación intrincada que vinculaba el debut de los Ramones en Obras con ese movimiento grupal repentino y vehemente de desplomarse al unísono. Con el ruido que los bolsos, los botones, las rodillas, las cadenitas, los cierres, la tela, los codos, las zapatillas de todos hacen al golpear contra el suelo reverberando todavía en el aire, escuché proferir a viva voz el mandato ¡a mi frente arrastrarse! y comprendí de súbito que no vería a los Ramones esa misma semana de febrero, ni nunca. Porque en ese momento que impulsaba mi cuerpo horizontalmente con el canto de un pie y un antebrazo, mientras el otro pie y el otro brazo aguardaban su turno para asumir la carga alternada del esfuerzo, escuché la misma voz repetir el leitmotiv, dicho ahora con sorna, que haría furor ese verano entre los conscriptos de Aeroparque, está loco el soldadito si piensa que acá va a hacer lo que quiere. Y yo, que secretamente anhelaba ver un concierto de Johnny, Dee Dee, little Tom and Joey, desde el día que la banda de sonido de *Rock n' roll high school* desconó las bocinas del ken

brown de mi casa me di cuenta de que infringía principios básicos del punk rock reptando como un gusano detrás del uniforme de sarga verde por lo que decidí condenarme de antemano a ese castigo ejemplar. No es que no haya tratado de resistir: para la primera revisión médica me había raspado las articulaciones del cuerpo con los filamentos jugosos de una pita, porque me habían pasado el dato que frotando la planta atrás de las rodillas, en las muñecas, en el cuello y en la ingle producía una reacción alérgica que simulaba la psoriasis. Me presenté en la sección Reclutamiento del Distrito Militar Buenos Aires volando de fiebre, con manchas en el cuerpo como quemaduras. Conseguí que me derivaran a una segunda revisión en el hospital militar, dos semanas después, pero con la irritación casi curada tenía que repetir el suplicio si quería que me dieran la baja definitiva. La piel se me había descamado y puesto de un color entre pardusco y amarillento, corté otro trozo de pita y la apoyé en la articulación del codo, apenas la savia lechosa me rozó la herida acepté perder un año de mi vida que someterme de nuevo al flagelo de los sarpullidos. Esa tarde de lunes de la semana que tocaban los Ramones vino un oficial a darnos una charla sobre la soberanía nacional. Nos habían juntado a todos los colimbas después del almuerzo en la cuadra para atender la retórica soporífera que despliegan los milicos versados en el deber patrio. En eso estaba el comodoro insuflándonos de ardor nacionalista a propósito de la

patagonia, Chile y la importancia de poblar de jóvenes argentinos los recónditos espacios de nuestra geografía cuando mi compañero Di Biasse, ramonero de pura cepa, se para dominado por una pasión inescrutable y le escupe: porque no va usted a poblar la Patagonia, ya que habla tanto. Desde ese momento y hasta que le dieron la baja por una hernia de testículo, tres días después, Di Biasse estuvo haciendo salto rana a los pies del cabo como si un lazo invisible lo mantuviera atado al instructor, que iba y venía seguido a un metro de distancia por el desacatado, siempre en cuclillas. Mientras formábamos o marchábamos o corríamos o barríamos lo veíamos sonriente, en las poses más extrañas que inventaba para descansar un poco mientras mantenía el compás saltarín del batracio. Nos desafió con esos guiños de ojo y esos gestos gozadores hasta el día que cruzó rengueando la barrera de la salida. Yo esperé hasta el final de la semana recibir la foto de Di Biasse en el camarín de los Ramones abrazado a los cuatro neoyorquinos enchalecados de cuero negro, como Luke en *La leyenda del indomable*, cuando le manda a los presos una foto suya falsa, rodeado de putas, y pensaba en los cincuenta huevos duros que se tiene que comer para ganar la apuesta en la cárcel y en los huevos de Di Biasse, estirados y contraídos durante tres días seguidos hasta decir basta.

Si, María Marta

Si ellos se van al recital yo salgo esta noche, eso dalo por hecho. Quedate mirando una película, justamente, mientras vos te vas de joda con Fede y el Gato. Querés que te deje un fasito, me dice el caradura, ¿de dónde lo sacaron? Aparte yo sé como terminan esas salidas, las minitas están todas dadas vuelta, a ver si te creés que yo me chupo el dedo. Encima la heladera vacía. Me voy a servir el culito de la botella que quedó del otro día. Qué bien que la pasamos aunque yo terminé con el estómago revuelto. Puede ser por el aire frío de la moto. ¿Irá Rata también? Que lindo que estaba. Fede es divino, lo adoro. Me trata re bien y las veces que pasó algo, él como si nada. Se dio así, ninguno de los dos lo buscamos. Yo igual lo quiero como un amigo y él también a mí. Tiene un olor raro andá a saber qué le puso. La última seda que me queda. Amo a Peter Murphy aunque Fede dice que después de Bauhaus no hizo nada que valga a pena. Le voy a poner este cassette cuando venga. Tiene el corte de cara de los tipos que me gustan, anguloso con los pómulos salientes, labios carnosos pero delineados. Fede se parece un poco. En cambio Rata te seduce con la personalidad que tiene. ¿Y si lo llamo? Que zarpado que es. Y yo más que le sigo el tren. No me gustó la última vez en el baño de Freedom. Esa fiesta es una perdición. Nunca me había puesto así. Capaz que me quedó una puntita. No tengo

nada para ponerme. Ya me vinieron ganas de cagar. Que cara por dios. Con estos ojos no puedo ni asomarme a la vereda. Igual a él le encantan. Fue lo primero que me dijo cuando nos pusimos de novios. Con esos ojos enamorás a cualquiera. ¿Y estas tetitas te gustan? Y esta colita que te parece Ratita. Y por acá como andamos. ¿Querés que me la afeite para vos? Como son las chicas de California, Fede me contó que no perdiste el tiempo. Me gusta que me toquen así mi amor, suave primero. Así. Espera que me acomodo. ¿Te gusta? Toda para vos.

Amor indio

El Finado empezó a morir el día que se acercó a la mesa y nos dijo que acababa de conocer una Heavy que no tomaba cerveza si no le abrían la botella delante de ella. Yo pensé que no podía ser heavy con esa cláusula, porque la privaba de la liturgia fundacional del heavy argentino: aceptar un trago de cerveza del pico. El Finado nos explicó que actuaba así porque a una amiga (chabona dijo ella) en una reunión de heavys le habían metido algo en la cerveza y le habían bajado la caña entre doce. Nosotros conocíamos a algunos heavys de monta como Pichi, el gordo Chapa, el Chino o el Pibe Sergio y podíamos imaginarnos perfectamente una escena en esa vena poética. La Heavy había rematado la historia con

una estruendosa risotada heavy confesando, entre las convulsiones de la risa, que al final su amiga había disfrutado la fiestita (o lo que se acordaba). El Finado quedó encantado con esta declaración de principios. Se lo notaba exultante cuando volvió a la mesa de adelante donde lo esperaba su Heavy con la botella de cerveza sin tocar. Los vimos pasar de nuevo al rato, cuando ya estaba tocando Amor Indio, unos Happy Mondays rioplatenses avant la lettre. Fueron hasta la barra y se acodaron charlando ensimismados cara a cara, parecía que el Finado trataba de acercarse para darle un beso pero ella miraba pudorosa para los costados como temiendo las miradas indiscretas. Volvieron a pasar delante nuestro en dirección al escenario, ella llevaba una cerveza de litro abierta, ahora sí, frente a sus narices y caminó erguida mirándonos de reojo. Me llamó la atención la línea recta de la espalda porque por lo general los heavys suelen andar encorvados. El Finado se detuvo al pasar por nuestra mesa y la miró de atrás embelesado. La Heavy le llevaba media cabeza y era bien mujeronera, hacía ruido con las botas cuando pisaba el piso de madera de La luna y esto al Finado lo atraía por sobre todo. Nos dijo rápido que le había contado que tenía un novio brasileño que le hablaba al oído en portugués y aunque ella no entendía ni jota se calentaba tanto que un día haciendo el amor (cogiendo dijo ella) le dijo afiebrada que le haga el orto ¡ya! El Finado hizo una pausa con los ojos desorbitados. Nosotros venía-

mos desde la tarde fileteando una pepa y no nos animábamos a movernos de la mesa. No pareció que había gritado ¡ya! de una manera inusitada, y el eco quedó retumbándonos en el pecho. Nos quedamos mirándolo con la boca abierta y esponjosa. El Finado miró de soslayo hasta dar con la Heavy que se apretaba entre el público al frente del escenario y nos siguió contando en voz baja que como el brasileño la tenía chiquita ni la había sentido, y eso que hacía cuatro años que no le daban por atrás, y si no te duele un poco..., dice que sentenció la Heavy completando la frase con un chasquido de la lengua contra los dientes y negando con la cabeza y la melena morocha y heavy a manera de puntos suspensivos. El Finado estaba embaladísimo, nos guiñó un ojo y se perdió entre la gente en busca de su Heavy. Lo miramos irse sin decir una palabra. El grupo tocaba una música a go go y el punteo de la guitarra se nos metía por los oídos hasta la cabeza mezclándose con la poronguita del brazuca y el orto de la heavy penetrado por doce gordos Chapas con chamarra de cuero desflecada y muñequeras con tachas puntiagudas. En un momento se armó un revuelo de gente, algunas chicas corrieron asustadas, se cayeron algunas mesas y sillas y lo vimos al Finado surgir del tumulto, despeinado y con la camisa blanca de vestir desarreglada por los tironeos. Nos paramos de las sillas y vimos atónitos como se nos venían al humo las huestes del metal. Corrían desaforados atrás del Finado mientras nosotros retrocedíamos desaforados a

la inversa. Se interpuso gente del bar para intentar zanjar el conflicto. El Finado miraba aterrado. Los heavys querían sacrificar a su víctima y el más envalentonado había conseguido tomarlo de los pelos pasando por entre los brazos de los que intentaban detenerlo, los músculos tensados al máximo, la mano cerrada como garra, dispuesto a no soltarlo por nada del mundo. Amor Indio tocaba una canción que repetía hasta la exasperación el nombre de una mujer (Mónica) en un estribillo tenso. El Finado imploraba que lo dejen, agarrándonos de la ropa como podía. Nosotros tratábamos de zafarnos de nuestro amigo caído en desgracia y los dueños del bar intentaban empujar la maraña humana hasta la salida. Desde el piso lo vi atravesar la puerta de calle con los ojos colorados y la frente tersa, tomado por las manos huesudas que lo arrancaban de los pelos como a un chico que se portó mal.

Metal

Me asomé a la noche en los años de Tróccoli como ministro del interior. Cuando las patotas se adueñaban de las plazas de los barrios y mis compañeros de colegio empezaban a usar remeras de Iron Maiden. Podría recitar una larga retahíla de grupos que ellos adoraban y yo despreciaba en conjunto: Judas Priest, Accept, Venom, Saxon, Metallica, Scorpions, DIO, Barón Rojo...

No era para mi el camino del metal aunque entendía que el disfraz los dotaba de una personalidad nueva, exenta de compromisos y responsabilidades. Toda la fisonomía y la psicología que Martínez Estrada adjudicó al guarango les eran propias: la vocación carnavalesca, lo teatral y falso, el instinto festivo a deshora, el atropello que envuelve en la apariencia inocente la voluntad de ofender, la maldad en esencia pueril, el sentido picaresco, la inconsciencia de la cortesía, la burla al prójimo, la intención grosera, lo payasesco de la comedia subhumana. Sentado en la misma mesa que ellos del bar Vía Norte, los miraba retraído, escuchaba sus bromas malignas, sus inciviles fantochadas, sus risas desencajadas. Las camperas negras y las tachas, en grupos de diez o doce, asustaban a los vecinos y atraían a la policía, que se movía bajo la fuerza de la inercia de los años recientes. Pocos heavys resistieron el paso del tiempo. Los punks fueron más fieles, se sobrepusieron a la etapa del guarango, que también atravesaron, protegidos por una filosofía política que construyeron con ahínco al correr de los años. Se liberaron de la máscara, reaparecieron por detrás de su autómata para tomar las riendas del asunto. Viven su guerra de manera solapada donde el otro construye una mitología épica condenada a esfumarse.

Lo que pensó el Gato ante los pliegues de seda azul de la tapa de un disco de Killing Joke

El Gato usó durante muchos años el mismo equipito de jean: un pantalón y una campera gastados marca Lee que no decían nada, no lo distinguían de nadie pero tampoco lo enfrentaban con nadie, una vestimenta transparente, como quería el realismo decimonónico de su intrincado oficio literario. Rata y yo también rendíamos un culto a la sencillez que provenía de nuestra admiración por los rockeros que no necesitaban caracterizarse con los atuendos típicos de su profesión. Detestábamos el disfraz de Axel Rose con vincha, pollera escocesa, borcegos y camiseta de fútbol americano más allá de que nos disgustara o no su música, que de hecho nos revolvía el estómago. Pero tampoco aceptábamos el vestuario oscuro y teatral de los Virgin Prunes aunque sus discos eran de cabecera. Nuestros modelos eran Greg Ginn, el guitarrista de Black Flag, siempre de pulcra camisa blanca manga corta y el elegante sport de Stephen Morris o cualquier otro integrante de Joy Division: pantalón de vestir, zapatos negros abotinados y camisa al tono. Claro que todos sucumbíamos ante una remera bien diseñada de alguno de nuestros grupos dilectos, y más de una vez no nos quedó otra que pintarla a mano. La primera que hice era una versión de la tapa de *Pleasant Dreams* con la sombra amena-

zante de un gangster sorprendido por un cono de luz. Después compre una remera celeste lisa para dibujarle el logo de Adolescents en rojo (como la tapa del primer disco) pero nunca llegué a pintarla: se me agujereó de tantos lavados y terminé usándola para pasarle pomada a los zapatos. Hice una de Cabaret Voltaire con un dibujo que copié del sobre interno de un maxi single, sin ninguna leyenda: una cara alargada y deforme de color negro gritando o aullando. Otra de Pixies con la tipografía estandarizada del nombre y una decoración de estrellas y platos voladores alla *Trompe le monde*. La última que bosquejé tenía los perfiles bien contorneados de los rostros enfrentados de Sly & Robbie, pero tampoco llegué a pintarla, sólo la calqué y la pasé con carbónico a una camiseta blanca que se fue borrando con el tiempo. En cambio el Gato era intransigente con sus prendas de vestir, eran lisas y eludían cualquier filiación, salvo el equipo que reenviaba a sí mismo e incluso lo anticipaba. Era tranquilizador verlo llegar al Gato a la puerta de algún recital de jean intachable de pies a cabeza y zapatillas de cuero negras. Y aunque yo conocía sus debilidades musicales, de Howlin' Wolf a Coil, nunca pude descifrar en el denim castigado por el uso un indicio de su profesión de fe. Es que el Gato desconfiaba tanto de las iniciales grabadas en los gemelos o en la camisa de vestir de un gerente a la altura de la tetilla izquierda, como del pañuelo enrollado en el cuello, el jardinero y las toppe blancas: por eso buscó la

neutralidad del jean. Pero un visaje lo delató aquel día que recorriendo las bateas de Abraxas apareció la tapa del disco *Revelations* de Killing Joke contra la tela áspera y deshilachada del equipito. El Gato miró un rato largo los pliegues de seda azul con el moño dorado en un ángulo y las letras brillantes estampadas. Su cara se ensombreció por el reflejo acuoso de la luz sobre la cubierta de ese disco que venerábamos. Cuando salimos de la disquería estuvo callado un buen rato y molesto durante el viaje de vuelta en el ciento uno. Nos sentamos en el último asiento de la fila de dos y en la parada de Once le cedió el lugar a un hombre mayor. Se agarró con los dos brazos del pasamanos del techo y dejó el cuerpo suspendido inclinado hacia delante, bamboleándose al compás de la marcha. No sé que pensó porque no me dijo nada ni yo quise preguntarle. Nos tiramos de un salto en Salcedo y Dean Funes antes de que el colectivo frenase del todo.

Odontólogos de vacaciones

Tem muita sorte voce, me dijo esa noche, amenazante, ante el silencio cómplice de todo el grupo de odontólogos con el que, en ronda, compartíamos un porro que ni siquiera había llevado yo a la playa de Canasvieiras. Cinco minutos antes, el policía de bermudas caqui había emprendido el descenso raudo de la pendiente que lo separaba

de nosotros dirigiéndose inequívocamente hacia mí, o sea, al bulto que en ese preciso momento se recortaba nítido de las sombras, por detrás de la brasa escondida en el hueco de la mano para evitar los embates del viento, en ese ademán característico de los que pitan sustancias ilegales. Se sabe, los odontólogos no son gente de fiar y si bien compartía con ellos las vacaciones no eran mis amigos, salvo por Rodo, que estaba enamorado de mi hermana, por lo que me unía a él esa camaradería particular que se entabla entre cuñados. Pero ahora yo estaba arrodillado en la arena, revolviéndola con cuidado, representando la pantomima de buscar el faso que acababa de enterrar con un pisotón descarado pero eficaz, a la vista del uniformado. Tenía enfrente las piernas peludas del policía, abiertas en pose sobradora, como quien se la hace chupar de parado, y hacia uno y otro costado, formando un círculo imperfecto, las dieciocho piernas de los odontólogos casi inmóviles, conteniendo la respiración, anhelantes. Algunos de ellos eran fumadores ocasionales, otros lo hacían por primera vez, dos simplemente charlaban despreocupados, lo que me convertía en el único vicioso declarado del grupo y me hacía intuir el secreto regocijo de ellos ante la justicia con que se manifestaba el azar, haciendo coincidir la aparición del oficial con mi turno en la rueda. Yo pensaba, de modo menos literario, que los odontólogos deberían besarme el culo por ser yo, justamente, el que estaba desarrollando la estrategia para ocultar

la prueba de un delito que nos involucraba a todos. Rodo pensaba que si yo iba preso mi hermana se iba a predisponer mal para los asuntos del corazón, arruinando sus planes de acoplamiento por el resto de las vacaciones. Mi hermana no podía pensar sufriendo como estaba por mi penosa situación de vasallaje (¡busca aquí! me gritó el policía acentuando la u y delimitando con el índice una zona específica en la arena, justo cuando yo pensaba, omnisciente, que mi hermana no podía pensar). El resto de los odontólogos pensaban que lo mejor sería que yo encontrase el porro y me hiciera cargo, porque no tenía sentido que pagásemos todos el plato roto, aparte yo era el único no-odontólogo y me había unido al grupo por una simple cuestión de conveniencia: el verano pasaba y no tenía a donde ir. Todo esto reflexionaba ora en cuclillas para descansar las rodillas, ora arrodillado, ante la cerrada perspectiva de las piernas que me rodeaban adornadas casi todas con las tobilleras de caracoles que compran los odontólogos de vacaciones por Brasil. Pronto a todo el grupo, incluyendo al policía vestido de caqui y a mí, se nos hizo patente el costado ridículo del asunto: por fin decidió liberarme del sometimiento pronunciando dos veces esa sentencia a modo de salmodia, tem muita sorte voce. Subimos a la calle mirándonos de reojo. Cuando nos sentimos seguros empezamos a reírnos de los nervios y a hablar uno encima del otro sin escucharnos. Caminamos dos cuadras hasta la puerta del boliche, dos hojas pintadas de

negro con barandas de bronce oblicuas formando una letra. Se alcanzaba a oír ese hit de Technotronic pero yo me fui quedando atrás en el tumulto de la entrada y me perdí de vista, de vuelta a la playa, a revolver la arena y tentar la suerte dos veces en una noche.

Los invariantes históricos

Habría entonces una historia que se repite: los tres chicos que se juntan en una pieza a escuchar música y leer revistas en la casa del que tiene guita, porque el papá viaja y le trae discos importados, la *NME*, la *Spin* o la *Thrasher*. Fuman o se toman una pepa o unas cervezas y sueñan con tener un grupo y tocar en el CBGB's o en el Whisky a Go-Go. Planean una versión de Wasted o de Six Pack o de California Über Alles. Uno elige el bajo, el otro la batería y el tercero la guitarra. El del bajo va a cantar. Van a ir a profesores particulares o van a aprender de oído. Se ríen a los gritos y no tienen novia. Todo en una misma tarde. Tirados en la cama de una plaza, de jeans zapatillas y remeras de Hüsker Dü, fuman un cigarrillo atrás de otro (como escuerzos o condenados) Chesterfield Achalay o los Jockey 120 que fuma la mamá del que tiene guita. O sino, tres chicos que se juntan en una pieza de Ituzaingo a escuchar música y leer la colección de revistas *Pelo* del papá o las novelas de siete letras de Fi-

lloy. Toman café con leche dibujan o escriben cuentos truculentos. Sueñan con tener un grupo y tocar un cover de Aerobius. El que elige el bajo lleva la voz cantante, el guitarrista tiene vergüenza de enfrentar al público, y el baterista deja el grupo porque ya tiene catorce años y proyectos más ambiciosos. Todo en una misma tarde. Se reúnen, se disgregan y vuelven a juntarse diez años después. Ahora tienen veintipico, un amor contrariado y saben emborracharse. Escucharon los Beatles, Pescado Rabioso, Don Cornelio, Nirvana, Los Abuelos, Alice in Chains. Podrían componer seis temas al hilo si se lo propusieran. El baterista tiene temple y energía, el guitarrista conoce los yeites del rock y el bajista es Kim Deal más Peter Hook más Martín Aloe. Practican los seis temas y dos versiones de Lennon: I want you y I'm losing you, las dos puntas de cualquier arte. Se suben al escenario después de seis meses de ensayos. Están los padres los amigos los hermanos los primos. Proyectan en la pared del fondo diapositivas de la abuela desnuda. Son vírgenes, reinventan la música, detienen el tiempo, gozan así:

Variaciones sobre van y desierto

Yo quería mostrarles a los chicos un tema de Fİ-REHOSE y ellos me preguntaron si era un grupo alemán y yo les dije enseguida, americano, es el grupo que se formó cuando se murió el cantante de Minutemen, pero no alcancé a contarles que el gordo D. Boon iba manejando su van por el desierto de Arizona sin cinturón de seguridad, y que ahora figuraba en el diccionario de músicos muertos, en el apartado choques de auto, entre Marc Bolan, que en setiembre del 77 se mató en el asiento del acompañante del auto que manejaba su segunda esposa, la cantante soul Gloria Jones, cuando se la pegó contra un árbol en Common, Londres, y el trompetista Clifford Brown, que una mañana lluviosa de Junio del 56 en Pennsylvania se fue de largo en la curva a los 25 años. Y esperaba que no les pase nada con toda esa escarcha en camino de cintura, porque no alcancé a mostrarles los 45 temas de *Double nickels on the dime*, ni a decirles que amo ese disco y que quería compartirlo con ellos, tema por tema, aunque no hubiera tiempo ni fuera el momento apropiado, porque el resto de la gente nos esperaba, y era tan intenso lo que deseaba que me decepcionaba de mí mismo abriendo y cerrando la compactera, saltando por los nombres y los discos que nunca íbamos a escuchar juntos, porque los años apremian. Apenas si tuve tiempo de decirles un mentira piadosa, cuando me pregun-

taron si el de barba era el cantante, seguro, me dijeron, refiriéndose a Mike Watt, el bajista y no a Ed Crawford, el fan que los llamó pocos meses después del accidente sacando el número de Mike de la guía de teléfonos, como hacen en las películas yanquis, para que le den la oportunidad de una audición, justo ellos que estaban tristes y pensaban dejarlo todo. No alcancé a decirles que había un tema de Kira, la bajista que había reemplazado a Dukowski en los mejores años de Black Flag, que también era la esposa de Watt, ni que esa fotito al final del libro del compact era de J Mascis, el hombre orquesta de Dinosaur Jr. que había producido este último disco de Firehose, del que John Chedsey dijo que carecía del espíritu musical del trío, como si estuvieran tocando en piloto automático, y yo quería mostrarles a los chicos que esto no era así, que no se vayan, que era tarde y la ruta oscura.

La planta voraz

En pago diferido a mis servicios prestados como monaguillo en la parroquia nuestra señora madre de los emigrantes a mediados de los setenta Dios me ilumina con intereses la noche que bajamos del departamento del Finado y vamos caminando con el Gato, Rata María Marta y el Finado por Arenales hasta la plaza Vicente López. Porque el Finado me obsequia un paquetito con cinco o seis fasos curados especialmente con un método casero de su invención que apenas pisamos la vereda charlando divertidos meto en el fondo del slip y acomodo entre los testículos casi sin pensarlo. Nos escapamos de la fiesta para aliviarnos con la brisa suave de la madrugada y fumar a la sombra de un ombú gigante en un banco pintado de verde y como siempre recae en mí la voluptuosa tarea del picado y el armado que mis manos huesudas atienden con primor. El Finado parte un pedazo de la piedra que trae en la caja de fósforos y se queda mirando embelesado mi parsimonia para desmenuzarlo cuando tres tipos comunes se nos aparecen de la nada y arrivederci Roma. No se si dicen quietos, documentos, alto o policía, o todo junto o nada de eso, pero tiro el faso que estaba armando y paso la zapatilla por la tierra ida y vuelta como un rastrillo varias veces delante de los canas de civil que se distraen con el vuelo de la cajita Fragata que el Finado descarta en el arbusto de atrás. Llega el patrulle-

ro y una pareja de peatones vestidos con tonos del beige y zapatos haciendo juego se apresta a identificar el contenido de la caja de fósforos que reluce sobre el capó celeste azulado del auto. El les ruega que no testifiquen porque ellos no vieron nada pero acá en Recoleta no corre esa triquiñuela y otro policía lo agarra del brazo y lo mete adentro del patrullero lo que dura el resto del papeleo. María Marta llora, el Finado le dice por la ventanilla que no llore y ruega de nuevo para que dejen ir a la novia que no tiene nada que ver. Nos suben a todos y nos advierten que mejor no tiremos nada adentro del auto porque se pudre todo. Ahí caigo que yo, justamente, tengo algo para tirar en la alfombra de goma del asiento de atrás que miro ilusionado como un turista el folleto de una playa imposible. Llegamos a la diecisiete y empieza la amansadora burocrática hasta que nos hacen dejar los cordones, las cadenitas, los cinturones, los relojes, las pulseras y los anillos en un cajón de efectos personales. Pasa el Gato primero y lo hacen desvestirse, bajarse los pantalones y el calzoncillo, desabrocharse la camisa, levantar los brazos, lo mismo al Rata y ahora me toca a mí. En vez de tomarlo por el elástico me bajo el slip haciéndolo un bollo con el paquete adentro que queda apenas escondido entre los pantalones arrugados a la altura de mis tobillos. Cuando el cabo me avisa que me vista me subo de nuevo todo el dispositivo que se compone de un slip transpirado y un papel de revista doblado prolijamente en dos en cuatro y en

ocho conteniendo en su interior cinco o seis fajas curados especialmente por el Finado. Nos ponen en calabozos separados base simple sin luz y con una saliente de mampostería que debe ser la cama. Como yo soy una persona instruida en el género fascinante de las películas carcelarias a la hora de estar rezando o tratando de llorar me pongo a hacer flexiones de brazo como hacen los presos para mantenerse en estado en sus cubículos de reclusión. Pienso en todas las cosas que hacen los presos como estudiar derecho o tatuarse con una birome mamá. Después me pongo a buscar un recoveco donde desechar el paquetito y descubro perplejo que la celda no tiene ángulos ocultos, lo dejo donde está reposando entre los huevos tibios, meo a un costadito porque no aguanto más y me quedo dormitando hasta que me abren la puerta de golpe y porrazo y nos paran en fila en el pasillo el ato, el Rata, el Finado y yo, sin María Marta. Otra vez a ponerse en pelotas otra vez el slip, el paquetito y la maniobra extraña para la revisión médica. El Gato pide pasar al baño, veo mi oportunidad, y pido permiso cuando sale. No hay nadie atrás, aprovecho y descarto en el lavatorio, abro la canilla para que se escurra pero se tapa el dasagote y empieza a llenarse la pileta con hebras que nadan en círculos perfectos. Con las manos ahuecadas formando un recipiente precario me dedico con desesperación a desperdigar el agua amarroñada por el tinte de la cannabis en todo el piso del baño pasando la zapatilla sin cordones ida y

vuelta como un rastrillo por la carpeta enchastada de restos de deposiciones privadas también de libertad. Salgo colorado con la vena de la frente a punto de reventar y me meto de nuevo en mi calabozo aliviado por fin de la planta delatora. Trato de descansar, hago abdominales, escribo cartas mentales, repaso imágenes tranquilizadoras como la colección de discos que se escuchaba en mi casa: Julio Iglesias sentado en un sillón blanco de esterilla, Alberto Cortez en concierto con camisa blanca abollonada y los ojitos entrecerrados, Roberto Carlos callado en cualquier foto de tapa de los más grandes éxitos en castellano, Eydie Gorme mirándome de perfil con tricota azul, tocado, mejillas regordetas labios rojos y pulposos que se ríen.

Quejas del Gato en la oficina

Cómo puede ser que haya gente que sigo queriendo cagar a trompadas después de tantos años? Será que mi naturaleza no es violenta y esto acarrea un caudal de pequeños resentimientos que se incrementa cada vez que me ocurre pensar “a este debí haberlo cagado a trompadas”. Vamos a mil nueve ochenta ocho, ochenta y nueve. Un barba de la oficina me dijo algo de mi viejo y no sé como se la dejé pasar. Yo era un pen-dex y recién empezaba a laburar, pero eso no me justifica. Y eso que yo no santifico padre y ma-

dre; me faltás el respeto a mí. Más reciente es la del fachito que la va de zurdo-amigo-de-desaparecidos que me acusó, saliendo de una reunión de la empresa, de cagarme en los intereses de los operarios porque dije que la cantidad de comida que servían en el comedor me parecía bien. Él decía que hay gente que come ese plato solo al día. ¡Entonces hay que subirles el salario, hermano, no darles otra milanesa! Y sigue la lista. El que me apuró de frente march en una reunión de consorcio para que firme un petitorio contra un perro y me comí los mocos ¡Qué vergüenza! Delante de todos mis vecinos. Tendría que haberlo embocado ahí nomás, sin mediación. Ni hablar del tipo del reparto que se bajó de la camioneta en un semáforo y me encaró por la ventanilla porque yo le había hecho un fino y le mandé una puteada. Directamente me despreció: Querés que te rompa todo, payaso. Payaso, por dios, qué feo insulto. Padilla, uno que fue jefe de mi ex, la recepcionista. La torturaba con llamados sorpresa y el día que la echó le tiró la notificación sin anestesia: leé esto que es para vos, le dijo. Se la tengo jurada. La vez que Mister Muerte nos corrió con una botella partida, pasado de pastas, hasta se la puedo dejar pasar. Pero no a los dos drogonos que me afanaron el reloj en Las Heras y Coronel Díaz. No podían con su alma pero igual me la comí doblada. En el cumpleaños de un amigo en Guillón un pibe me bardeó mal. Yo entraba con mi prima arriba de una zanelita y me mandó fruta. Estaba medio en pedo y era del grupo de

amigos del aeropuerto Ezeiza. Delante de mi prima. No dio ni un poquito. Tendría que haber saltado cuando los heavys lo surtieron al Finado a la salida de un recital de Amor Indio, pero la verdad que eran tantos que me dio no sé qué. Ahora dije basta. Estoy al acecho para agarrarme a trompadas a la primera de cambio. Voy a empezar con uno facilongo: un cincuentón en la cola de un banco, o alguno de traje en la oficina.

Más Finados

Antes de que el Finado se parta la cabeza contra el cordón de la vereda hubo otro finado, que se quedó dormido en la bañadera por el monóxido que salió del calefón del baño. Tenía dieciocho o diecinueve años y era el baterista nuevo de los Casanovas. No era amigo mío pero nos saludábamos en los recitales porque era amigo del Rata y le gustaba el rockabilly como a él. Pero antes hubo todavía otro finado, del que no me acuerdo el nombre. Era un poco más chico que nosotros y tenía una discografía de hardcore impresionante, en la época que los elepé salían carísimos. Me acuerdo haber estado con él y el Gato en Vía Norte, tomando una cerveza y hablando de música. El Gato había ido a su casa varias veces y tenía una afinidad especial con el pibe. Era como un pollo suyo. Cuando me contó que se mató en un accidente de tránsito en Brasil me dejó hela-

do. Iba manejando la madre, que al final se salvó. Evidentemente era de una familia de guita porque tenía discos comprados en Nueva York y Londres. Enseguida nos miramos con el Gato y pensamos qué sería de esos disquitos arrumbados en la pieza, intacta como el último día. Era casi un acto de justicia rescatarlos, pero qué le íbamos a decir a la madre. Teníamos que dejar pasar un tiempo. A los cinco meses nos sentamos una tarde en el bar y nos tomamos dos imperial para pensar mejor. Hola señora, nosotros éramos amigos de su hijo. Estaba la posibilidad de que una simple visita nos abriera el corazón de la progenitora. ¿Quieren pasar a la pieza chicos? Nosotros tendríamos que empezar por mirar las fotos de la mesita de luz, los posters de la cabecera de la cama, las revistas desordenadas en el escritorio. Dar un rodeo mientras ubicamos la caja de los discos y preguntar, distraídos, si nos deja chusmearlos, porque nosotros adoramos la misma música que él escuchaba, sabe. De cajón nos va a decir que si nos gusta alguno lo llevemos, le dije al Gato terminando mi vaso y pispeando el culo del envase para ver cuánto quedaba. O puede decirnos llévense los que quieran. Qué hijo de puta, me contestó. Se quedó pensando mirando para afuera. Dio vuelta la cabeza, pegó un vistazo rápido a la mesa y me dijo: me cagaste la cerveza. Tratamos de mirar al mozo pero nos esquivó la vista, el Gato estaba de costado en la silla, con el brazo estirado y el pico de la botella vacía entre los dedos, listo para levantar-

la de la mesa y mostrársela para que nos traiga otra. También podemos decirle que venimos a buscar un disco que le habíamos prestado, que le pedimos disculpas y que nos da un poco de vergüenza. El Gato me preguntó qué disco me parecía, pero yo no sabía bien todo lo que tenía, así que la decisión tomala vos. La última vez que vino a casa trajo uno de D.O.A., dijo, *War on 45*. Los ojos me brillaron, era un disco estupendo salvo porque era un EP y tenía sólo ocho temas y si vamos a jugárnosla que sea por un larga duración. Al final el Gato hizo el gesto de levantar la botella. El mozo fue hasta el mostrador del fondo, le alcanzaron otra imperial y encaró para nuestra mesa con cara de culo. La destapó con esa habilidad característica de los mozos para destapar, tomando con una mano la botella por el pico al mismo tiempo que sostienen el destapador oculto debajo de la palma y el índice. Mejor que ni te acerques a mis discos si un día me pasa algo, me dijo el Gato y volvió a mirar para afuera, ensimismado.

II.

Capaz no quiero ser tan libre
Como dicen las canciones
Ni que el sol brille todo el día
Capaz me quiero encadenar

No nademos hasta la orilla
Ahoguémonos acá cuhi cuhi

Voy a ahorcarme a vos
De un hueso que resista
El balanceo

Cuando Fede se mudó a Llavallol, tuvo esposa e hijos

Yo era un invasor en esa casa y ella no perdía la ocasión de recordármelo, sobre todo cuando entraba en el galpón-taller de carpintería construido por su antiguo dueño, cuya puerta no superaba el metro setenta de altura, holgado para este, exiguo para mi castigado cráneo. Un sobrehueso se me había formado en la parte superior de la cabeza producto de estos choques periódicos con el travesaño del marco de la puerta, pero el galpón era el único espacio disponible para concluir el trabajo sobre Burroughs que debía entregar el viernes de esa misma semana y en él me instalé durante cinco días consecutivos, no sin aprehensión. En casa el clima no era el mejor para la productividad crítica. Mi hija recién nacida había contraído una severa bronquiolitis, la mayor no se adaptaba a la salita de maternal, y María Marta estaba enojada por algún motivo. El lunes a las siete y media de un día nublado y frío entré en el galpón con el termo, el mate, la pantalla conectada a la garrafita de un kilo, los libros de W.S., un bloc de hojas y la uni-ball negra. Acababa de leer *El lugar de los caminos muertos* una novela ambientada en el mítico oeste norteamericano invadido por un virus alienígena. Después de ocho horas no había escrito más de cuatro líneas inconexas. Salí agachando la cabeza y caminé por el patio los cuatro metros que me separaban de la

puerta trasera de casa. Mi beba conectada al nebulizador me seguía con la mirada afiebrada. Esa noche casi no dormí pensando en la familia Johnson, pistoleros de poca monta comprometidos en la invención de un programa espacial para un modelo humano biológicamente alterado. Una alternativa de escape. El martes a las ocho y media se me ocurrió un título, que es la mejor manera de empezar a escribir: “Instrucciones para la especie humana”. El miércoles salió de un tirón un apartado, cuyo subtítulo rezaba “De la horca al virus”: exponía el concepto de “muerte en orgasmo”, donde las técnicas de ahorcamiento complejizaban una serie de ejecuciones rituales para incorporar el proceso de transferencia de un cuerpo invasor hacia otro huésped. El Jueves llevaba cuatro días sin hablar con mi mujer, comiendo mal, engripado pero lúcido: la cría y el adiestramiento de la humanidad se me aparecían tangibles en la escena de la matanza de perros. Kim, Boy y el viejo Gilly se llenaban los pulmones con el olor a miedo de los perros que presentían su suplicio. Olor de lágrimas subía como oleadas de calor. Soltaban a los perros y Boy le acertaba al primero por los cuartos traseros con un escopetazo calibre 12. El viejo le daba al segundo en el espinazo con un 30-30, pero el tercero de un salto buscaba el cuello de Kim que levantaba el brazo izquierdo justo cuando el perro se le prendía de la muñeca, un segundo antes de recibir un disparo de 44 a dos centímetros del corazón. Uno giraba en círculos, chi-

llaba y se mordía los intestinos. Otro trataba de levantarse con el espinazo hecho astillas. A la noche, entre el silbido de mi beba que respiraba con dificultad, el silencio de María Marta acostada de lado, las voces de mi otra hija asaltada por una pesadilla, pensaba en la teoría mágica de la historia donde nada ocurre a menos que alguien, alguna fuerza, alguna entidad viva desee que ocurra. Me levanté antes de que amanezca, fui hasta el galpón con el termo lleno y el disco de Burroughs con el grupo de Michael Franti, a buscar inspiración para el final. Concentrado, recibí el golpe seco, sordo, cortante, del marco de la puerta.

Apuntes para una historia del perro

La historia del perro deberá ser escrita alguna vez. Deberá constar en el capítulo local que los perros porteños tuvieron su edad de oro hacia 1750, durante la invasión de ratas que motivó su imprescindible intervención para paliar el mal con uno menor. Que el capitán Alexander Gillespie, oficial de las fuerzas británicas que en 1806 invadieron el Río de la Plata, contó en la relación de su viaje tierra adentro que eran tan prolíficos en la pampa que había que destruirlos periódicamente para que no infestaran la tierra. Que dos veces por año se formaban grupos de individuos que salían a recorrer los campos a caballo para

sacarlos de sus cuevas y matarlos a cuchillo, en cantidades impensadas. Que durante la persecución elegían una víctima, la desollaban viva y la largaban a correr delante del resto para causarles impresión. Que en Buenos Aires esta tarea la desempeñaron los presos, al romper el día en los meses de mayor calor en verano, armados de lazos y gruesos garrotes, entre aullidos, gritos, risotadas y chistes obscenos. Que Martín Fierro sintió en el instante que lo acorrala la partida policial mandada por el traidor Cruz que lo rodiaban como perro cimarrón. Que Sloterdijk, el filósofo alemán que interpeló al humanismo, comprendió que la monstruosa cohabitación del hombre con el animal doméstico ofrecía una evidencia a su tesis de que somos animales fracasados: criadores y criados. Que Zaratustra reflexionó sobre la virtud, es decir, lo que hace al hombre modesto y manso, lo que convierte al lobo en perro y al hombre en el mejor animal doméstico del hombre. Que Martínez Estrada identificó en el perro de policía los gestos de la institución represora: en la mirada que dirige al ciudadano con la prevención de que oculta a un potencial malhechor, en la exención de la culpa y en la razón absoluta otorgada a los que visten uniforme, en el recelo que le despierta la humanidad y en la consulta constante a la mirada del amo requiriendo por el enemigo a atacar. Que en 1987, en el recital de The Cure en Ferrocarril Oeste, la patota que asaltó y desbordó los controles policiales se ensañó a palazos con tres perros de policía

hasta convertirlos en una masa sanguinolenta de pelos y trozos partidos de cráneo, ignorando el contenido simbólico y las hondas resonancias de sus actos.

Reclutas de Ingolstadt

Tuvimos una pelea desmesurada con María Marta por culpa de Fassbinder. O de Greenaway, a la salida de *La Tempestad*. La película la había predispuesto pésimamente (¿O era *Una zeta y dos cerros*?) No viene al caso, yo creí que era Fassbinder, o me pareció que el alemán pondría a prueba nuestro amor sin ambages. Decidí llevarla a ver *Reclutas en Ingolstadt* inmediatamente, para definir de una vez nuestra relación. Recién salíamos del cine, tomamos un cafecito de parado en Ouro Preto y entramos a la Lugones. Yo hubiera preferido ir a ver *Todos los turcos se llaman Alí*, que es más conocida con el título de *La angustia corroe el alma*; me excitaba la historia amorosa de la jubilada con el obrero inmigrante, la concupiscencia de ella, que había militado en el partido nazi, y la pasividad de él; pero para verla hubiéramos tenido que esperar unos días y la cosa se jugaba en caliente. Entré al cine pensando en el turco. La abuela se lo mostraba a las amigas que iban a jugar canasta, era un turco enorme, de mediana edad, barba tupida, ella coqueteaba delante de las otras, las dejaba que le toquen los bíceps y lo

besaba en la boca con esos labios secos y ajados. Me recordaba una carta de lectores que había leído años atrás en la SexHumor: un empleado del correo contaba como lo habían recibido dos hermanas jubiladas a quienes fue a entregarles una carta certificada. Lo hicieron pasar, le prepararon un café con leche con tostadas con mantequilla y mermelada, se le insinuaron abiertamente. Le pidieron que las dejase tocarle el brazo, que era fornido como el de Alí. Ahora podía imaginarme el interior de esa casa, igual al departamento donde vivían el árabe y la abuela, en un monoblok en los suburbios de Berlín. La otra jubilada empezó a acariciarle el muslo y a rozarle el bulto. El muchacho del correo contaba lo bien que lo trataron y algunos detalles del doblete completo. Hasta lo bañaron como dos tías solteras, y se la chuparon enjabonada abajo del agua tibia. Al final, tuvimos una noche apasionada. La película era muy erótica, con escenas de sometimiento y degradación. Las provincianas de Ingolstadt entregaban el rosquete a diestra y siniestra, en una plaza oscura con luz artificial deficiente. Eran todas tan naturales y un poco feas, salvo Hanna Schygulla que mostraba unos pechitos de púber inquietantes. En el asiento del taxi nos tocamos y a la noche en casa nos preparamos unos gin tonic con Paso de los Toros. Nos echamos un polvo larguísimo de borrachos que tardan en acabar, escuchando la banda de sonido de Twin Peaks.

Como un sueño de Annie Wilkes (Misery dub)

Toca Mad Professor acá nomás, en Lomas de Zamora, ¿podés creerlo?, un Domingo a las once de la noche a veinte cuadras de mi casa en Llavallol, o sea, a veinte cuadras del limonero la higuera el ciruelo el laurel que crecen desentendidos de la gira sudamericana del profe yo me dispongo a agasajarlo con un buen asado de costillar chinchulines riñón salchicha parrillera y dos morrones cocidos a la brasa condimentados con abundante ajo y oliva, pero me descuido acomodando el carbón cuando lo veo por el rabillo que se mete en el galpón del fondo a revisar unos transistores viejos y un tocadiscos ken brown que tengo ahí arrumbado hasta que le grito *¡a comeer!* pero no responde enmarañado como está de cables resplandeciendo el halo que sale de las soldaduras como un santo de los técnicos electrónicos: salgo al jardín y ya está oscureciendo del color gris azulado que oscurece siempre en Llavallol con el tino justo para no perturbarlo espero en la entrada del galpón a que me mire para ofrecerle una picada que preparé con las sobras del asado frío prolijamente desgrasado y un chorizo cortado en rodajas también frías con pan casero, le tiendo mi vaso de vidrio espumante de fernet agitado con soda regado finamente con cinzano rosso, simulando una carraspera para distraerlo de sus tareas, se da vuelta y le enseño

orgullosa cómo el cinzano no consigue diluirse con el fernet y permanece suspendido en su densidad específica desigual y característica del trago cuando se mezclan los ingredientes en el orden correcto, se enciende un reflector que encandila al limonero amarillo y brillante, *greetings in de name of de lord*, me grita el profesor que también sabe mezclar ingredientes ataviado de guerrero dub frente a la consola recién fabricada con los cachivaches del galpón como un astrónomo en la sala de comandos de un cabo cañaveral riojano.

Llego a la puerta de Peteko's donde hay unos gordos grandotes que serán los patovicas que asesinan chicos en el diario y me ven tan sin gracia preguntándoles cuando empieza el recital antes de la oblación de la entrada convencido de que me acaban de estafar o que leí mal el anuncio porque adentro no hay mas de treinta personas tomando algo mientras conversan desentendidas del raid del profesor de Londres a Lomas caminando por Meeks y doblando por error en Garibaldi a la derecha hasta el cementerio de los ingleses y de ahí a mi casa en donde entra fascinado por el ruido electrónico de la grasa de los chinchus cayendo sobre el carbón cuando lo veo por el rabillo del ojo. No transcurre media hora siquiera y las luces se apagan y suena una base de bajo tan pesada y al frente que intimida resaltando una voz dulce que entra y sale con un eco demorado por detrás de la figura oculta en el escenario negro como piedra o gris azulado como

la noche en Llavallol. Se detiene la música tajante y se escucha el ruido de una cinta rebobinándose porque el profesor da marcha atrás con todo y vuelve a empezar en falso para dar de nuevo marcha atrás como un amante laborioso que contiene la eyaculación y retarda el placer con la cara B de los simples jamaquinos de cuarenta y cinco revoluciones por minuto que un día el rey Tubby decidió aprovechar tergiversando los temas clásicos del lado A para reinventar el pulso de una música que los revela y oculta.

La trompeta o la vida conyugal

María Marta odia la trompetita. No resiste la escucha directa de un solo arriesgado de cualquier viento sea cual fuere. Creo que le molestan sobre todo la estridencia, los saltos de escala, las armonías complejas, los cambios de tonalidad. Hasta las orquestas más populares de Ellington o Basie la indisponen. Ni hablar de Coltrane o Shepp, o de las tomas afrocubanas de Gillespie y Machito con esas entradas de bronces a todo trapo. Menos que menos de la exasperación desorbitada de los Soil and Pimp Sessions (pura soberbia japonesa). El asunto colma el vaso cuando caen en la volteada vocalistas con sello personalísimo que ella califica vulgarmente de desafinados como Lou Reed o Jeffrey Lee Pierce (los llama el desafinadito y este es igual al otro). Aparte tiene

la mala costumbre de pelar las papas en la pileta de la cocina, con lo que se llena de cáscaras impidiendo el flujo libre del agua, y de poner los platos adentro de la bacha con restos de comida en vez de rasparlos con un cuchillo mientras mantiene abierto el tacho de basura con el puntín del pie. Yo estoy dispuesto a negociar alguna de mis exigencias básicas (disponer de soda fría en la heladera en verano, una botella de tinto cerrada de repuesto, una lata de tomates adicional para salir del paso con un tuco, incluir si o si alguna variedad de carne en las comidas). No me preocupa tanto el neoyorquino que tiene un nutrido público que lo idolatra y bien puede tolerar el revés crítico de una llavallolense, ni recoger con la mano el arroz que se amontona en el tapón colador que filtra el desagote. El vino no entra en esta contienda, lo mismo que las cáscaras de papa que son un emblema de mi cruzada marital. Pero meterse con el cantante de The Gun Club ¡amigo! si me querías herir me heriste, y esto se lo digo mientras preparo la salsa porque ninguno de los dos tiene ganas de salir a comprar, y un paquete de fideos con un lata de peritas tiene que haber siempre en la alacena. Qué mejor que picar las cebollas escuchando a vivo volumen *Eternally is Here* con el slide de Kid Kongo Powers y la notas frías y justas del bajo de Patricia Morrison (como toda mujer). Para cuando pongo a dorar en aceite el morrón cortado en juliana, la cebolla, medio cubito de caldo y zanahoria rallada la historia de Las Vegas, que es también mi

historia de Llavallol, me refriega una melodía triste en el aroma a orégano de las burbujas de tuco que explotan. Ella se ríe por el estribillo groseramente agudo y fuera de tono (¡they were supposed to be my dreams!) pero sus ojos desmienten esa risa cuando se encuentran con los míos en el vapor que sube de la sartén. Agrego el tomate, una hoja de laurel, sal, pimienta, una pizca de azúcar. Siento que ella me abraza por detrás y un fantasma nos ronda.

Vida en Duna: Lux Interior sometido

Hace dos años que tengo trabado un cassette de los Cramps en el estéreo del auto. Si aprieto eject se desprende del cabezal pero no llega a traspasar la tapita de salida. Queda en un limbo intermedio que me permite escuchar la radio y, cuando se me antoja, oprimir la tapita para que vuelva a enganchar y se active el play. Me lo regaló un primo chileno del Rata que estuvo parando en casa un fin de semana en 1991. El disco había salido ese mismo año: *Look mom, no head!*. La verdad es que en ese momento no entendí la música de estos chicos, me resultaba primitiva e impura aunque reconocí la actitud punk a la legua. Yo adoraba a los bluseros como John Lee Hooker o Lightnin Hopkins, y tal vez eso me quitaba perspectiva y riesgo, si bien mi fanatismo por Birthday Party, The Bad Seeds, Gun Club y todos

los que habían deformado el blues sin complejos compensaba el déficit. Pero nada de estricto rock and roll, ni cine clase B, ni gore, ni sci-fi, ni surf ni toda la meresunda que amasaron estos pibes para crear su propio género musical. La verdad es que todo ese año me la pasé escuchando *Surfer Rosa* y *Come on Pilgrim* como un universitario cualquiera y el cassette quedó tirado por ahí durante años. Hasta hace poco pensaba vender el auto con el cassette incluido (full full) pero me parece que no me da el cuero para cambiarlo y lo voy a conservar. Le hice el embrague, le cambié los amortiguadores de atrás, la correa de distribución y las cuatro llantas. Ahora me da pena venderlo. Tampoco funciona la FM así que tengo que conformarme con la AM o The Cramps. En los embotellamientos de la Dellepiane, los accidentes de General Paz, los piquetes de Camino Negro, la barrera de Llavallol, la rotonda de Puente La Noria a paso de hombre, gime Lux Interior, atrapado en mi autoestéreo. Me da placer tenerlo ahí como a un gnomo, y me excita la música que repite y repite. Se cree tan rockero, puerquito y fetichista, y vive encerrado en un auto, de la casa al trabajo, mientras yo me doy la gran vidu- rria en mi Duna.

En Lund como en Llavallol

En la ciudad de Lund está lloviendo, la televisión dice que hace siete grados pero la térmica es mucho menos y la temperatura va a seguir bajando toda la semana. Hay tres suecos en una sala de ensayo del centro probando arreglos para su nuevo disco, porque Lund es en el sur de Suecia. No parecen suecos porque dos son bastante castaños y el baterista tiene el pelo renegrido. Tienen un póster pegado en la pared donde están ellos saliendo del mar con tablas de surf abajo del brazo y camisas hawaianas. Al lado hay un afiche de la película El satánico Dr. No, con Sean Connery abrazando a Ursula Andress. Ella esta hermosa y él la tiene tomada por debajo del busto, de manera que con el antebrazo le presiona un pecho y se ve cómo el corpiño blanco se desacomoda por el roce. Habrán tenido que viajar para sacarse las fotos porque Lund no tiene salida al mar. Debe ser alguna playa del Mar Báltico con el agua helada, pero a ellos no les importa, corren como si recién salieran de surfear las olas aunque tienen la ropa seca y la piel de gallina. La música es enérgica, los golpes de batería potentes y certeros, los climas se suceden sin transición: el guitarrista practica un punteo con aires flamencos y el baterista se calza unas castañuelas para acompañarlo o interpreta un solo de bongó copiado de algún disco de Tito Puente o Sabú Martínez. De pronto se escuchan las notas

lánguidas de un mariachi que se transforman en una melodía reverberante que recuerda la música de Misión imposible o El Santo. Paran, se ríen y practican un spaghetti western digno del mejor soundtrack de Sergio Leone. Ahora que lo miro de cerca el guitarrista tiene un parecido a Clint Eastwood con los ojos azules achinados por el reflejo del sol contra las piedras del desierto. Pero por la ventana de la sala no se ve ningún desierto sino una catedral medieval frente a un parque perfectamente simétrico. Está empezando a nevar pero adentro hay calefacción por losa radiante: el baterista tiene una remera de la Velvet con una banana estampada sobre fondo blanco y el guitarrista una camisa negra con llamadas amarillas y naranjas. Se visten como suecos de Lund que hacen psychobilly o surf-punk, o sea, igual que si hubiesen nacido en Parque Patricios o Llavallol sin la nieve, la losa radiante, la iglesia del medioevo y el estado de bienestar. Me parece entender cuando joden entre ellos que se apodan Cabeza, Tano o Pelusa, aunque lo dicen en sueco. Los viejitas escandinavos hacen también un rock barrial pero de Redondo Beach o Balboa Island en el sur de California. El Tano Berglund le hace una seña a Cabeza Swärd y empiezan a improvisar una base oriental que cautiva de inmediato a Pelusa Sellers que adora el sonido híbrido de su banda. Lo suecos mestizos de suecos, de negros de Louisiana, de bluseros de Memphis, drogones de Los Ángeles, toreros, cuartos, cumbiancheros, raperos idish, punkrockers

y chabones de la quema, hablan en sueco y me parece entender lo que se dicen en ese lunfardo pícaro y canyengue que tan bien se da en Suecia.

Rata modelo 2001

Lo volví a ver al Rata esta noche, en la tele, saliendo del local de Musimundo de Corrientes con dos pilas de cedés entre las manos. Está igual que siempre, flaco y huesudo, con esa especie de parkinson o tic nervioso que tiene de nacimiento y la risita arratonada debajo de los ojos huidizos. Cuando salió por la puerta diminuta de la persiana agachó la cabeza para no golpearse con el marco, se bajó la remera de la cara y miró para los dos costados antes de empezar a correr. Justo ahí lo enfocaron de cerca, era él, seguro. Me imagino, conociéndolo, que habrá hecho una mínima selección de los compacts, aunque no sé si habría luz adentro del local. Sentí una envidia sana. Yo siempre fantaseé un asalto a una disquería, pero a la usanza boquetera y ambientado en el Tower de Santa Fé: un asalto menemista, con todas las luces del local encendidas, y tiempo de sobra para recorrer las bateas de jazz hasta encontrar los discos espaciales de Lonnie Liston Smith. Pero el Rata, que tuvo apendicitis durante el viaje a Estados Unidos y terminó convaleciente en la cama de Ian MacKaye porque la madre se había encariñado con él, que apareció en Tijuana

haciendo stage diving ante la mirada impávida delineada con rimmel de Perry Farrell, que fue portero de una residencia universitaria en California y se empaló a las rubias de pechos blancos perfectos y pezones rosa claro de las películas de estudiantina yanqui, salió esta noche en la tele, mezclado con los pibes que enarbolaban pesadas cajas con televisores y minicomponentes. Era él, seguro, por el tembleque de la cara en ese instante que miró a un costado y al otro mientras la cámara lo toma, con los brazos en forma de cuna sosteniendo dos pilas de cedés que se inclinan y desacomodan por los movimientos bruscos. El periodista del noticiero habla con la imagen del Rata congelada detrás, como un póster en el cuarto desordenado de Ian MacKaye, ignorante de todo, de la cicatriz de la operación de apendicitis que se asoma por la cintura del jean, de la energía del salto más espectacular de una noche en Tijuana, de la verga sostenida entre las tetas pálidas de las estudiantes de California. Lo vi al rata esta noche, flaco y pijudo, de vuelta en Argentina.

La venganza

Estoy segura de que me mira con doble intención. Debe saberlo, si entre ellos se contaban todo. Está esperando a ver qué digo. Me hago la boluda como la mejor: ¡el Rata, qué cambiado está, no te lo puedo creer! Igual si hay alguien que conoce mi pasado es Fede. Yo empecé a curtir con él cuando todavía estaba de novia, y no me olvido que un día me quisieron hacer la fiesta con el Gato, aunque pasaron muchos años. Nunca volvimos a hablar de eso. Él se fue a la madrugada y me dejó sola con su amiguito del alma que a mi ni fu ni fa. El asqueroso se hizo una paja y me dejó la espalda pegoteada de leche. No sé cómo le da la cara para mirarme a los ojos. Y mi hijo que lo adora, si supieras lo que le hizo tu padrino a mamá. Lo que Fede no sabe es la verga que tiene el Rata: nunca viste algo igual. Te lo aseguro. Hasta me parece que se le nota el bulto en esa imagen del noticiero. En serio, mirá. No, impresionante. Es algo que no se puede contar. Me hacía calentar tanto que no me podía negar a nada. Fede se quedó helado el día que se enteró. Nos habíamos casado hace poco y él empezó a hurguetear por ahí y obvio que lo dejé, si era lo que estaba esperando, pero no quería proponérselo yo. Y seguro que se dio cuenta en ese momento, porque veníamos disfrutando a más no poder y de repente dejó de decirme esas chanchadas, acabó rápido y se fue a bañar. Que

querés, yo no le dije que era virgen cuando empezamos a hablar de casarnos, de más está decirlo. Después de eso me daba por atrás con rabia. En cualquier parte, donde fuera, me agarraba por la espalda con el brazo y no me dejaba mover. Con la otra mano me bajaba, el jean y la tanguita. Pará Fedé, le decía. Pará nada. Yo chocha, te imaginás, si te vas a vengar así, vengate.

Por qué no hablar de infidelidad con la pareja

Fue la primera vez que la penetré y le eyaculé adentro sin preservativo, nos dijo el mecánico parado en el garage de casa, frente a María Marta y a mí, que lo mirábamos conteniendo el asombro, con nuestro hijo a upa. Lo había llamado para pagarle los seiscientos pesos que le debía por el cambio de embrague del Duna y la charla trivial había derivado en esa revelación fuera de lugar. Pensamos al unísono: no creo que el nene haya entendido. Aunque la descripción era muy atinada y nosotros comulgábamos con esa pedagogía precisa: el pene y la vagina. No sea cosa que un día un profesor de música le dijera algo así como vení a acariciar el pajarito. También le enseñamos que nadie le puede tocar las partes íntimas, y lo que es la intimidad: cagar con la puerta del baño cerrada. No son sencillas las explicaciones para los chicos, pero el mecánico de-

mostró poseer una idea avanzada, o una necesidad imperiosa de hablar que no reparaba en nada ni en nadie. Lo que tenía para contarnos no admitía medias tintas. Era nuestro vecino de enfrente y sorpresivamente lo habíamos visto entrar a su casa con una criatura de 3 años: el hijo. ¿Cómo puede tener un hijo de 3 años y nosotros ni enterados? Resumía María Marta pocos días atrás. Pero ahora había llegado el momento de la verdad: el nene provenía de una relación extramatrimonial, a la madre no la había visto más de tres horas, nos contó. ¡Qué boludo! pensé yo mirándolo de modo comprensivo. Lo que en la historia se perfilaba como una relación ocasional y fugaz tomó otro cariz con el agregado de la palabra “nunca”: nunca la había visto más de tres horas, repitió. O sea, la veía sólo para garchar, concluimos con María Marta sin necesidad de mirarnos para comentar en silencio los vaivenes del relato. Se creyó que me iba agarrar así, justo a mí. Claro, la antigua artimaña del bombo para retener al hombre, pensé yo; qué machista pelotudo, pensó María Marta. Ajena a todo, la inocente criatura se había desarrollado en estos tres años hasta convertirse en un embrión humano, primero, un feto, después, un bebé demandante, por fin: primogénito del mecánico de Llavallol. Tres años había demorado el reconocimiento y la aceptación. Teníamos un nuevo vecinito en la cuadra y había que tratarlo como tal. Yo le decía a mis amigos, cuando caminás en la cuerda floja y te caés, preparate, porque vas a hacer mucho

ruido, nos dijo estirando la u de mucho. Empezaba la segunda parte de la historia: la reacción de la esposa del mecánico, una mina inteligente, laboradora, que no se lo merecía. Porque ellos no podían tener hijos. Dieciocho años de casado, una mina inteligente, laboradora. No se lo merecía. ¿Pero estaba fuerte pensaba yo? Jodete por garca, pensaba María Marta. Me llamó para despedirse definitivamente, ¿entendés? y la tuve que entretener mientras llamaba por el celular a una amiga, para que le hable y haga tiempo mientras yo la iba a levantar de las vías, nos contó de modo elíptico y enrevesado. Atada a las vías esperando el tren como en los dibujos animados, la imaginé. No vale la pena matarse por este boludo, pensó mirándolo con desprecio. Terminamos con un psiquiatra de urgencia. Yo a lo que sí me oponía era a adoptar, dijo, pero no fui a buscar un hijo afuera. Afuera tendrías que haber acabado, pensé. Inconscientemente sí lo hiciste, pensó ella, ducha en el análisis. Cuando se fue, el nene estaba casi dormido. Lo llevé al cuarto y lo arropé. Volví al escritorio y María Marta me esperaba ansiosa por comentar los detalles más jugosos. Puse un disco de Afrika Bambaataa para desviar la conversación, porque cualquier hombre casado sabe como terminan estas charlas sobre la infidelidad. Soné ridículo cuando comenté que ese tema era del 80. Así empezó el rap, le dije, pero ya me miraba de manera inquisidora.

Miserias

Es una película triste. Kim, todo el día pendiente de evitar el alcohol a toda costa. Dave, se desmorona. Joey, trata de seguir viviendo de la música como sea. Casi no se hablan, salvo trivialidades, mientras los chicos agotan las entradas de los teatros. Kim, preocupada porque la Liberty se parece demasiado a la cerveza real. Dave, toca furioso aunque el tema haya terminado, en medio de un concierto que debe suspenderse por su culpa. Joey ve a su hijo recién nacido por la camarita del chat. Los chicos gritan afuera y planean sus vidas igual que las de sus ídolos. Kim, desquiciada, atada a su hermana y a un disco nuevo de los Breeders que la salve. Dave, mezclando vino y psicotrópicos como si fuera 1986. Joey, vacío, repitiendo los mismos punteos hasta el hartazgo. Kim, con las yemas ampolladas por las cuerdas, como un flagelo. Dave, sonriente y alienado. Joey, como un empleado bancario esperando las 17 para fichar. Todos odian al protagonista aunque no se lo dicen. Lo odian porque no los necesita. Porque es soberbio e intolerante. Porque podría componer un disco en una noche y reinventarlos: a la adicta en recuperación, al baterista-mago, al padre de familia preocupado por su caja de ahorro. Pero no. Prefiere verlos sufrir y hacerles sentir el rigor de la música que le crece y lo invade y no lo abandona ni por un momento.

Cuando hirieron a Fede en una pizzería

Quiero dejar sentado que me sentí herido el viernes siete de diciembre a las doce y veinte horas, en la querida pizzería San Antonio de Garay y Boedo, mientras esperaba que abra la hemeroteca a las trece y terminen de fotocopiar-me *La tos y otros entretenimientos*, en la bella primera edición de Futuro, mil nueve cincuenta y siete, ante una porción de fugazzeta con un vaso de moscato y un sifón chico, contento de optimizar la hora muerta atendiendo tres frentes simultáneos, el arribo de la encargada de la hemeroteca, el proceso de copiado del libro y el tradicional entremés, cuando escucho que el hombre de la mesa enfrentada a la mía, colorado por la efusión de la amistad, la bebida, la charla, la hipertensión y la pizza, orillando los sesenta, cara de conductor de peugeot 504 o de infarto inminente, de ravioles o de boite, pide otro vaso de moscato, sin dejar de dialogar con un segundo hombre que me da la espalda, pelo entrecano desprolijo a los costados y calvicie perlada, en el centro de la bocha, por gotitas de sudor, decía, la hemeroteca a punto de abrir, el cuento “Un crimen sin recompensa” boca abajo en la fotocopidora, la línea de luz en el párrafo donde el peluquero duda si degollar al pasajero sospechoso, el hilo de muzzarella extendiéndose entre el tenedor y el plato, cuando llega el mozo con una botella de El abuelo recién abierta, tics de mozo diestro en su oficio, el gesto

panorámico que evita al cliente ansioso, llena el vaso nuevo que trae en la bandeja, hasta el borde mismo, se lo sirve, y agrega un chorro adicional, pingüe, del líquido acaramelado en el vaso ya vacío del tipo sanguíneo, a las doce y veinte horas, como si lo viera ahora, real, frente a mí, la botella de moscato que vuelve a inclinarse sobre el vaso alto y voluminoso, vaso de pizzería generosa, engrasado por la huella de los dedos, a la usanza de los mozos que buscan congraciarse con los bebedores de wisky o fernet y complementan la medida estricta de la tacita de aluminio con un chorro liberal, no cuantificable, delante mío, que acabo de terminar mi moscato, con el aroma del último trago destinado a enjuagar la boca todavía vigente, decía, la bibliotecaria emergiendo de la boca del subte, restos de cebolla en los intersticios de la corona del primer molar, el aroma del vapor del alcohol o ya el recuerdo, la incertidumbre de pedir otro vaso, violentado por ese sorbo adicional que deseaba y se me negaba en el mismo acto en que otro lo recibía injustamente, como un personaje de un cuento fotocopiándose, atacado por la desidia peronista, una tos o una enfermedad cutánea, desplazado de la invisible cofradía de clientes bonificados con un plus de bebida, ofendida mi identidad porteña por el íntimo comercio, por el guiño cómplice del mozo al cardíaco en un acto que me discrimina, a mí, que ningún tachero me pasea por la Capital, que me emociono hasta el tuétano con una milonga de Pichuco y Grela, que

me peleo con mi hijo por el caracú del puchero, que me cansé de colarme en los cines de Lavalle, que tomo fernet con soda y hago asados para treinta, que espero que las multas prescriban y pago el abl en moratoria, que me manda a decir el dealer que le avise si se quedó corto porque calculó a ojímetro, me vas a escatimar dos dedos de moscato.

El Gato confiesa delitos contra la propiedad, el fisco y la vida

—En 1978 robamos con Fede una caja de botellitas de licor en el kiosco de Ministro Brin. Al año siguiente me sorprendieron en el supermercado de Catalinas Sur con un paquete de chizitos abierto tomando una leche chocolatada entre las góndolas. En el 80 robamos con otros chicos del barrio la carga de manzanas de un camión que había quedado todo el Domingo estacionado frente al frigorífico La Pampa en la calle Caboto al 400. En el 83 abrimos el kiosco del colegio y nos llevamos todas las gaseosas. Entre 1984 y 1985 nos colamos en reiteradas ocasiones en el pullman de un cine de Lavalle, cuando nos rateábamos del colegio con Fede: vimos *En retirada* protagonizada por Rodolfo Ranni que la torturaba a Eda Bustamante con un velador enchufado y los filamentos de la lamparita rota apoyados sobre los pezones. Entre 1985 y 2007 infringí la ley

de estupefacientes 23737 casi a diario. En el transcurso de 1986 robé cuatro copias en cassette de piratas en vivo expuestas en la pared de la disquería Abraxas. Esta es la lista de algunos de los libros que robé entre 1987 y 1992: Dylan Thomas, *Obras Completas*, Buenos Aires, Corregidor, s/f. (en Fausto de Corrientes), Arthur Rimbaud, *Poesía Completa*, Barcelona, Libros Río Nuevo, s/f. (en Fausto de Corrientes), Aldo Pellegrini, *Antología de la poesía surrealista*, Barcelona, Argonauta, 1981 (en Fausto de Corrientes), AA.VV, *Poesía alemana del siglo XX*, Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto, 1974 (en Fausto de Corrientes), Georges Hugnet, *La aventura dada*, Madrid, Jucar, 1973 (en la antigua librería de la estación Once), Sergei Eisenstein, *El sentido del cine*, México, Siglo XXI, 1986 (en la galería de Corrientes y Libertad), Agustín Sánchez Vidal, *Luis Buñuel. Obra cinematográfica*, Madrid, Ediciones J.C., 1984. Me colé en el recital de The Cure por la pared de la cancha de Ferro que da a las vías. En el 89 robé tres máquinas de sumar de la empresa donde trabajaba y las vendí en la calle Libertad (la última vez una persona de civil que estaba en el local me preguntó dónde la había obtenido y le dije que mi papá había cerrado el almacén. Me anotó el nombre y el número de documento). Fui a Encarnación un fin de semana a comprar una cámara de video JVC que me entregaron por la tarde en Posadas, en una esquina. Compré divisas en el mercado paralelo. En el 91 pagué un aborto 400 pesos o dólares. Me quedé con las *Obras inmorta-*

les de Edgar Allan Poe en edición papel biblia del tío de Fede que se murió de cirrosis (Madrid, Edaf, 1977), y con los largavistas de ese tío que también era burrero, y con un portalámpara de 1000 watts también suyo, porque se había aficionado al cine en los últimos meses de vida. En el 92 nos fuimos sin pagar de un bar de Viamonte, en la zona de Tribunales, después de comer dos pebetes de cocido y queso y una Quilmes imperial con Fede. Me llevé de la Gerencia administrativa un *Pequeño Larousse Ilustrado*. Falté a las elecciones de diputados del 93, cuando me tocó ser autoridad de mesa en el colegio de la calle Elía. En el 94 extraje coral de la playa de Tartaruga en Buzios, haciendo snorkell durante un paseo en escunha. Me quedé con el unplugged de Nirvana de Fede. Entre el 95 y el 98 editamos la revista *Cisma* usando resmas e impresora de la oficina donde trabajo como empleado administrativo. De ahí mismo sustraje cajas de lápices HB2 que son los que prefiero para leer, abrochadoras, resaltadores, lapiceras uni-ball, folios tamaño carta y oficio, carpetas negras con gancho, clips y calculadoras de mano. Me quedé con un CD de Martinho da Vila de Fede (*Coisas de Deus*). En el 99 violamos con mi novia una propiedad privada para bañarnos en un cenote camino a Tulum. Bajé música indiscriminadamente por internet desde la última devaluación. Compartimos con mi vecino Ángel el abono de cablevisión en el 2002 y el 2003 y una boca de Telecentro desde el 2004. Me quedé con un Long Play de

Opa, la banda de los hermanos Fatorruso y Rubén Rada, de Fede. Me llevé una servilleta de Pipo donde me había sonado la nariz un día que fui a comer engripado tallarines con tuco-pesto. Desde el 2005 figura mi abuelo muerto como “a cargo” en mi declaración de impuesto a las ganancias, y una donación inexistente de 500 pesos al taller de discapacitados Talita Kum, que se deduce del monto imponible. Falseé la edad de mi ahijada para no pagarle la entrada de *El ratón Pérez* en el Cinemark de Puerto Madero. En el 2007 pasé de largo el peaje de la autopista 25 de Mayo. Hoy cargué gas con la oblea vencida.

Consejos a los letristas de rock

Si vas a hacer la canción de un pato que viene cantando alegremente el estribillo tiene que decir cuac-cuac-cuac; no hay tu tía. Esto lo entendió Joao Gilberto cuando se terminaban los cincuenta pero ya lo sabían los pioneros del rock ‘n roll cuando coreaban shake rattle and roll, cuya mejor traducción es movete chiquita movete, sacate esa timidez. Nada de narración, las canciones no tienen que contar una historia, esa tiranía del referente que quede para los novelistas, y si hay que contar algo mejor mirarse el ombligo y contar cómo se hace la canción: la samba de una nota sola es un ejemplo perfecto, y su correlato punk, notes and chords mean no-

thing to me (no me importa si mis manos están en el traste correcto), de los Red Kross. Lluve lluvia, dice Jorge Ben en ese disco absoluto que es samba esquema nuevo. Cómo se puede decir mejor: llueve lluvia. Ahí mismo está esa otra canción que dice tim tim tim hace el tamborín, tim dom hace el guitarrón, que entre nuestra pobreza meridiana, donde las letras hablan de un diablo que te encontrás en la esquina y te ofrece un porro, cabría nada más que en un repertorio infantil (junto al Pato Carret que cantaba en Pato-landia vamos a formar una orquestita con made-ritas, en perfecta sincronía con los creadores de la bossa). Se puede contar la historia del rock 'n roll en una canción, como Muddy Waters: el blues quedó embarazado y al bebé le pusieron rock and roll, ninguna otra explicación, es así, porque lo dicen James Brown, Ray Charles, John Lee Hooker y Ottis Reading. El viejo recurso a las citas de autoridad. Andá a contradecirlo. Mejor el grito primigenio, ninguna concesión a lo figurativo: gabba gabba hey, be bop a lula, pi pa pu pa pa pi pi pa piui, ob-la-di ob-la-da.

Vía crucis

Siempre me gustaron los volantes y las reproducciones de los afiches promocionando recitales, haya o no ido. Porque aunque que yo no estuve el Miércoles 1° de enero de 1992 en Coney Park, Jamaica, sé que se accede por el ferry St. Catherine, y que es la joda de año nuevo, igualita a la tuya en Llavallol, pero en lugar de la murga tocan Shabba Ranks, Dennis Brown, Junior Reid, Richie Stephens, Coco-Tea, Admiral Bailey, Gregory Isaacs, Pinchers, Tiger, Proff Nuts y Danny Dread. Es más probable que haya estado en Quilmes el 18 de Setiembre del 93 viendo a Massacre, El otro yo, El lado salvaje y Ácido camboyano, que en Town Hall transando una entrada en la puerta del High Wycombe para ver por 2 libras con veinte a Joy Division, Killing Joke, Certain Ratio y Section 25. Esa precisión apabullante de los sitios y las fechas es el maná de los fanáticos, al punto que no hay grupo de culto sin una Gig-Guide —una grilla con el listado de todos los conciertos ordenados por fecha— sobre todo si la banda tuvo un final trunco que transformó cada paso que dio en el hito de una crónica anunciada. La mejor que vi es, sin duda, la de Joy Division: indica la fecha del concierto, el sitio y la ciudad, la duración aproximada de las grabaciones disponibles (subdividida en intervalos temporales 10' o menos, 10-20', 20-30', 30-40', 40-50', 50-60', + de 60'), la calidad de grabación (A, exce-

lente, B, normal, C, pobre) y el tipo (grabación profesional, tape de la audiencia, vinilo). El fanático toma la guía, recorre las columnas con los datos, ubica sus discos y estudia las gemas faltantes, se exalta cuando descubre que la prueba de sonido del recital de Town Hall del 20/2/80 está editada como EP de 7" con el título de *Out of balance, out of tune*. En este sentido Joy Division es como un grupo de jazz que cada vez que se sienta a tocar produce una pieza única: vos sabés perfectamente que la edición de *Nigeria* de Blue Note (1980) es la sesión que grabaron Grant Green, Sonny Clark, Sam Jones y el maestro Art Blakey en lo de Van Gelder el 23 de diciembre de 1961 (y a la salida habrán ido a comprar los regalos para el arbolito). Y si no lo sabés tenés el grito de placer que pega el negro Blakey (seguro que fue él) cuando Green toca el solo de "It ain't necessarily so" para atestiguarlo, porque el músico de jazz se excita y manda un *Siiiiii!* en el medio de la grabación.

Un día habíamos ido a la casa de Marcelo Clash en San Isidro con el Gato y el Finado a escuchar su colección de discos de los Division y New Order. El susodicho había convertido su cuarto en un centro de culto con una mesita para apilar los envases de cerveza que se iban acumulando a manera de altar. Sacábamos los vinilos del los sobres con una precisión quirúrgica y apoyábamos la púa con una delicadeza femenina. Nosotros también éramos iniciados y asistíamos a la ceremonia con la felicidad extática que ameritaba.

Teníamos veintiún años, nos faltaban dos para llegar a la edad de Ian Curtis cuando se ahorcó en la cocina de la casa, y muchos de nosotros no queríamos ahorcarnos justo antes de la gira por Estados Unidos, ni nunca. Ese día Marcelo Clash se enojó porque el Finado empezó a bailar “She’s lost control” imitando el pasito epiléptico de Curtis, lo cual nos causó el mismo desagrado que a un católico ver aparecerse en la misa del Viernes Santo a un flaco disfrazado de Jesús con el santo sudario, la corona de espinas y cuatro manchas de pintura roja en las palmas de las manos y los empeines.

Lectura del Gato el día que Fede cumplió cuarenta

—Un baile monstruo. El abuelo no tiene dientes y come sólo carne de potrillos no natos que el nieto saca de una yegua preñada molida a palos para que aborte. Hay dos recién servidos, del tamaño de un perro mediano. Un baile desesperado y salvaje, cancán furioso. Se contorsionan imitando los movimientos de algún animal: toro, potro, mula, zorro. Jadean con los pelos pegados a la frente empastados de sudor y polvo. El tambor es una piel de liebre curtida y estirada en dos maderos. Lanzan alaridos terribles durante tres días. El tufo a alcohol inunda el campo. Risas salen de la garganta con palabras de amor brutal,

ladridos y relinchos. Sombras movedizas se proyectan sobre el suelo. Filos desnudos en las manos. Yo me dejo manosear y besar, acariciar en la forma que quieran. El olor a carne de yegua lo exhalan los cuerpos en efluvios. Se atropellan, se dislocan, patalean, sudan, hieden, hacen muecas, se besan, se muerden, se manotean. Desgrañados, rotas las camisas, medios vestidos, echando baba, vomitando, las caras pintadas, los ojos vinosos, gruñendo, vociferando, maldiciendo, riendo, llorando, despachurrados, encogidos, estirados. Arden cuatro hogueras coloreando en el recinto a los que chupan de la herida que mana. El humo y las chispas vuelan. Los ciega el frenesí. Locos de contentos se untan de grasa y se ponen a hervir al sol o se cuecen la boca sellando dientes y labios con un huevo caliente. Se queman los brazos y los pies porque en el nuevo mundo va a hacer un frío intenso. Se comen, se asfixian, se estrellan contra las rocas, se ahogan en un charco. La succión que los deja deshechos, jadeantes, orgullosos, desfigurados, catalépticos. Picanas de caballo, fiambres cocidos, matambres al asador, sangre de yegua cortada en pancitos como gelatina, alones de avestruz churrasqueados, costillares de potro asados con cuero. Tambaleándose con los puñales desnudos en las manos, a merced, cayendo. La noche bate alas pardas. Se ultrajan, riñen, se despedazan, bregan.
(Aplausos y gritería)

Otros poemas que leyó ya avanzada la madrugada

a) Poema dedicado a Mr. Río: *Río laughs and laughs / belives in life / gone to Carnaval / to empomar garotas* b) “36.Bananero” recrea el mito del turista que se hace romper el orto por un cultivador de plátanos c) “6.Loyola” introduce un tópico que la obra del Gato trata con particular afición, el deseo volcado hacia un infante d) Con su prima, el yo lírico saborea anécdotas del abuelo muerto mientras ella, compungida, se queja del metódico chupa chupa que le impone el parnasiano, quien logra finalmente silenciarla con un puñado de caramelos media hora e) “95. Con decisión fomentar el desaliento en los jóvenes poetas”, lanza un manifiesto a la República de las letras reconviendo a los núbiles soñadores en términos inusuales: *con un duro salame de milán o algún / poderoso pepino bien verde / a falta de erección* f) “48. Maldito Capitalismo” un planteo radical, *que pasa cuando / me sale la leche / y vuelve a importarme / el dinero* g) “56” el poeta dispone un banquete para su gordi a cambio de placer carnal: *flan con crema, Jorgelina / minestrone, sopa inglesa. / este Viernes te lo pido, / si bajás, que no me importa* g) Otro: *Te veré au petit hotel / mi pequeña libertine / chingui chingui, shall we dance / beberemos du champagne* h) “65. Alcoholeciones” reivindica el optimismo juvenil en el impulso de beber sin freno i) “5” la felicidad de una buena ma-

mada j) En homenaje al General San Martín, el poeta recita su patriótica devoción por una colegiala patricia mendocina, que no esquiva la vulgar pero efectiva metáfora del brillante sable corvo k) el militante “78”, *Pinta tus pezones de carmín / me disfrazaré de Ho Chi Minh* l) el confesional “52”, *Esta noche sí que está en mis planes / Beber whisky y fumar unos gitanes* m) el cruel “75”: *Eyacularé en un santiamén / como los chinos de Tiananmen.*

Nuevas patologías

No quiero morirme. El cardiólogo me aconsejó que deje de fumar. Me atiende por un prolapso de la válvula mitral. Dice que aproveche en las vacaciones de verano. Que no lleve nada y cuando me agarren ganas salga a hacer ejercicio. Lo que no sabe es que me encanta fumar y después hacer ejercicio. Se ve que nunca vio un video de Bob Marley jugando un picadito. Este año me hicieron una endoscopia porque me estaba matando el reflujo gástrico. Me encontraron el helicobacter pylori y una hernia hiatal. Debería dejar el tintillo también. Pero no lo hago porque cuando me decida quiero barrer con todo y vivir ochenta y tres años, como William Burroughs. Cortar por lo sano. En el último chequeo me dio mal el ácido úrico. El clínico me recetó una dieta hipopurínica: nada de pescados, mariscos, carnes

de cerdo, embutidos, alcohol, café, bebidas colas, verduras ricas en purinas, lácteos, salsas. No pude empezar: comenzó a dolerme el hombro. Fui al traumatólogo y me detectó una inflamación del manguito rotador. Me indicó calor y magnetoterapia. Debo atender todos los frentes para detener este deterioro progresivo. Se me partió un premolar mordiendo el costrón de un librito. Tuve un tirón en la ingle, justo a la altura de la operación de hernia, empujando un tronco en el camping. El espermograma me dio por el piso, lentos o inválidos. No fui mas al partido de papi con los chicos de la secundaria porque me agitaba demasiado. Pero no me decido a empezar una nueva vida, aunque voy a amortizar al máximo la prepaga. Quiero llevar un control minucioso, un registro documentado de mi eclipse. Eco-dopplers, tomografías, resonancias, holters. Voy a consultar a todos los especialistas, fingir síntomas para realizarme estudios, contrastar los diagnósticos, falsear resultados. Quiero verlos transpirar la gota gorda, agobiarlos con mis patologías, no me importa pasarme la vida entera en las salas de espera, en los centros de diagnóstico por imágenes, en los laboratorios de análisis clínicos. Voy a entregarme a la medicina y cuantificar mi decadencia. Practicar un arte empecinado de la enfermedad. Necesito estar informado al máximo, conocer las nuevas tendencias, los cuadros psiquiátricos en alza, las drogas en boga. Voy a ejercer de paciente ambulatorio tiempo

completo. Voy a atravesar todas las enfermedades para ser totalmente sano.

La edad de oro: Yo he conocido esta tierra en que el paisano vivía

Había esa película maravillosa *The decline of western civilization* que no nos cansábamos de mirar con el reventado de Derby Crash aullando desde el piso, unos meses antes de suicidarse a los veintidós añitos después de incendiar la escena punk de Los Ángeles; y los Black Flag en la época que cantaba Ron Reyes haciendo un set avasallante con “Depression”, “Revenge” y “White minority” y que más podíamos pedir, a los veinte nosotros también estábamos desesperados como Exene Cervenka, y después de verla salíamos a la vereda y nos sentábamos a esperar que pase la tarde. Teníamos la música, como ahora, dominándolo todo, y tirados en la pieza envueltos en el humo del tabaco con la tele al máximo mirábamos esa película inspiradora, con Greg Ginn de camisa blanca manga corta tocando la guitarra con una energía desbordante, pensando que él era distinto, que éramos distintos, que se podía ser punk de camisa blanca manga corta, como ese pibe que para nosotros era un dios que había descendido a la tierra para inventar el catálogo más importante de la música contemporánea, porque todo lo que llevaba el sello SST merecía

la reverencia de nuestros oídos. Pero con Black Flag nos dimos cuenta por primera vez, bajo el influjo del susurro demoníaco de la poesía de Rollins, mirando convulsionados la tapa de *Family man*, que ya nunca íbamos a poder ser hombres normales.

Gauchos, compadritos y rockstars

En la disquería de la calle Brasil frente a plaza Constitución, donde compraba elepés, ya no queda nada. Pensar que ahí se conseguía por diez pesos a los Butthole Surfers o algún maxi de Tribe Called Quest. O ese disco de Chubb Rock que tiene en el sobre interno una foto del gordo con lentes de aumento y camisa negra frente a una máquina de escribir, posando de escritor. Todavía no habían llegado las dominicanas y las putas eran bien de acá, con un chancro en la comisura de los labios y los pendejos encarnados. Pus nuestra. Ahora tienen culos enormes, negros y llenos de granos color bordó. El resto sigue mas o menos igual, salvo los discos que ya no están: gente tirada en el piso llena de bichos, pequeños drogadictos muriéndose, alguna vieja cagada encima gesticulando, los operarios que vuelven del trabajo con los oficinistas y las chicas lindas que trabajan de vendedoras en los comercios. Venden cerveza de litro en cualquier lado y esos panchos con papas pay que no me animo a pro-

bar. La gente se compra un sánduche de milanesa en el puesto del andén con total confianza y los chicos que tratan de dejar la droga venden budines y galletitas caseras riquísimas. Todo el mundo está procurándose alcohol o algún vicio. Como los indios o cualquier gaucho. Igual que hace doscientos años.

Siempre tuve una inclinación piromaniaca que al final canalicé haciendo asado, por eso cuando vi a Lee Perry en el televisor, en pantalones cortos de raso rojo y dos tiras amarillas en los flancos, musculosa amarilla haciendo juego, sentado frente a la consola de grabación, con ese fisiquito fibroso, arengando a sus devotos, como si todo estuviera en su lugar, salvo porque el estudio desde donde transmite (Black Ark), en el patio de atrás de la casa, no tiene techo, se ve el cielo celeste y la copa de un árbol de fondo, las paredes están sucias de hollín y grafiteadas sin cuidado, el piso lleno de escombros, es 1983, y hace un mes que Perry lo prendió fuego, harto del negocio discográfico, entendí la satisfacción del payador psicodélico, que me decía con esa cadencia desganada del jamaiquino, *soy el upsetter, soy el trastornador, yo soy el creador del amor, soy el que se sienta sobre el ecuador, impostando la misma actitud del Moreno, cuando se traga el anzuelo de Fierro, y salta como leche hervida, yo sé del fondo del mar, donde los pejes nacieron, yo sé porque crece el árbol, y por qué silvan los vientos, cosas que inoran los blancos, las sabe este pobre negro, ciego de venganza, esperando el momento de cargarse al*

gaucho roto, que le dio la tranca por pelear, y mató al porrudo del hermano, levantándolo de un cuchillazo como un saco de huesos. El negro, que es negro y orgulloso, y el primero de nuestra historia del rock & roll, le grita fuerte a Fierro, que está de regreso en Babilonia, su canto de contrapunto, como un funkateer de los setenta, que quiere que le coreen el nombre, cada vez que pregunta ¿Quién es este? No le contesten una sola vez, ¡el negro!

Cuando pregunta ¿Quién es este?

digan ¡Negro! ¡Negro!

Whos's that? Eh! Huh?

Say what?

Who's that over there?

Call it, y'all, call it! Aha...

¡Horns hit me!

¡C'mon horns, hit me! Grita el moreno escondido detrás de la reja de la pulpería, aunque sea 1879 en la campaña bonaerense y todavía falten más de seis años para que nazca Marcus Garvey y funde la compañía naviera Black Star, que lo lleve de regreso a África, a esperar la coronación de un rey negro, en la hora de la liberación.

El compadrito como el rockstar también tiene una muerte en el debe, pero mientras que aquel acecha a su víctima en los piringundines donde paran los tauras, éste la busca en los rincones de su mansión deshabitada y lo que encuentra más a mano para satisfacer el designio de la providencia es a su infeliz concubina, devenida un hato de alcohol y tranquilizantes. A diferencia

del púa de ley, el rocker tiene un despojo echado a perder por los excesos durmiendo a su lado, en su propio colchón de agua circular; con el correr de los días crece en él un desprecio abominable por la mascafrecho (que practica la felatio con fruición, paladeando el afrecho o ricota que se acumula entre el glande y el prepucio después de los recitales). El malevo oriyero, en cambio, tiene a su crioya canchera que le da la espalda al oro del magnate y se banca que la insulten, la casquen y la cafisheen. Carlos de la Púa estampó su psique du rol en primera persona: *El precio de mi cuerpo en los amores / le da chele en su vicio, el escolazo / y aplaca como nada los furores / que me anuncia casi siempre el cahetazo*. Así develó, impostando la intrincada psicología costureryl y fabrique-ra, que las biabas se las pide el corazón aunque el choma le achaque el ventolai a fuerza de fastrai. Por eso el 1° de Junio de 1965 cuando Don Drummond entró a la comisaría para avisar que había encontrado en el cotorro a su milonguera, la bailarina de rumba Anita “Margarita” Mahfoods, tirada en la cama muerta a faconazos sonó poco convincente a los oídos de los suboficiales de guardia, que lo miraron de arriba a abajo mientras ingerían sus características pizzas al estilo de Kingston. Más cuando vieron la escena del crimen: la rumbera con un cuchillo clavado en la teta apoyaba la mano en el trombón del genio del ska flácida pero acusadora.

Las cartas ya están echadas cuando el Pato Picaso le busca camorra a Moreira, que se apresta a

pasar la noche afuera de la pulpería, justo para evitar al otro que tiene mentas de guapo, no por cobardía sino por el hastío de asesinar. Porque el Pato está mamado y, herido en su orgullo, le grita: —¡Que se pare, don!, sacando ya la daga y rayándole la punta sobre la espalda, a lo que Moreira, después de un bostezo, le contesta: —Usted está con *don Pepe* y no sabe lo que dice, usando esa figura de la lengua que pretende personificar un estado corporal, como cuando decimos *don Andrés* para hablar de la menstruación. Y el hecho que demuestra que Moreira no quiere matarlo es que tiene enrollada en la mano la lonja del rebenque, dispuesto a defenderse con esa única arma y no con su tiro favorito de cuchillo: el hachazo en el entrecejo. Pero el destino que sabe perseverar hace que el rebencazo aplicado en la frente con el pesado cabo de plata rompa el hueso frontal del Pato provocándole una herida mortal de ocho centímetros donde se mezclan el cuero, deshecho y hundido, con el cabello y las partículas de hueso. Por la mañana Moreira entra en la pulpería, se entera del desmayo eterno del Pato y sale triste murmurando para sí esa sentencia memorable:

—¡Está de Dios que no puedo luchar con mi sino!

Últimos días del Finado

Era como si hubiese querido entregarme, dar una prueba definitiva de su amistad, compartir hasta el final todo ese amor que sentía por sus amigos. Cuantas veces me dijo andá a esperarme a la casa de Fede y nos encontramos directamente allá ¿Qué se pensaba? Fede tenía esa onda que nos podía, en el fondo los dos estábamos enamorados de él, pero claro ellos son machitos y no se animan a hacer nada, salvo abrazarse y toquetearse a los empujones. Si hubiéramos hecho una cama de tres todo hubiera sido más simple. Ahora pareciera que todo el tiempo me lo estuviera recriminando. Pero Fede me puso Stardust esa vez que estábamos solos en su casa. Yo ni sabía que existía esa música. Todavía lo guardo el cassette de Don Byas, cantaba una mujer con una voz preciosa, que te acariciaba. Nos quedamos mirándonos a los ojos toda la canción, al final nos reímos y nos besamos. Cuando llegó mi novio a buscarnos nos sentamos rápido en el comedor e hicimos como si nada: yo me paré y lo fui a abrazar, Fede se fue para el baño. ¿Qué estaban escuchando? me dijo, porque el cassette seguía corriendo. Me miró con una cara como si hubiera adivinado todo. O era yo la que se deschavaba. Después bajamos a comprar cerveza y como me dio frío Fede me prestó un buzo que me llevé puesto a casa. ¿Te gusta llevar encima el olor de Fede? me dijo cuando volvíamos. Un golpe bajo.

No digás boludeces. Cruzamos el parque callados, él caminando adelante mío. Me la venía venir. Llegamos a casa y subimos a mi cuarto. Mis viejos estaban tomando mate en la cocina. Cerró la puerta con llave y me quiso sacar la ropa de prepo. Ahora no. No le importaba nada, forcejeaba y se reía sacado. Yo no quería hacer bardo por mis viejos, pero me resistí todo lo que pude. Hasta que se puso violento, me agarró de las piernas y empezó a chupármela directamente. Yo le arrancaba los pelos. Ya sabía, me dijo. Olor a fero de frutilla y gusto a pija.

Marcelo Poca Vida & The Viagra Boys

Llego con mi auto y lo estaciono un poco más adelante de la puerta porque ya se empiezan a juntar los punks del nuevo siglo, con esa gesticulación rimbombante celebrando una anécdota a carcajadas atronadoras que cuenta el punk que se ríe más fuerte y mueve el cuerpo con el bailete desmañado del que disfruta narrar a puro aspaviento hazañas punks y no sé lo que pensarán de un hombre normal con auto. Me siento a una distancia prudencial en el escalón de un ph a esperar que venga el Gato y que se termine el anteúltimo día del año pensando que mi hijo duerme como angelito mientras yo trato de pasar desapercibido ante los punkrockers que practican coreografías de cuño punk como sentarse en hi-

lera en el cordón de la vereda con los pies estirados sobre el asfalto o recibir con efusión desmedida al amigo entrañable que aparece de repente desgarrado y enchupinado por detrás para sorpresa del grupo que a los saltos y abrazos practica un pequeño pogo de algarabía sobre el recién llegado que termina en tumulto en el medio de la calle y detiene el tráfico. Se junta un poco más de gente con petacas en el bolsillo del saco para tragar las cápsulas de asepto-brón o no se lo que tomarán ahora los chicos para aligerarse de la servidumbre mental cuando abren la persiana y me voy caminando a la vuelta a tomar un vino fino a un bar de turistas porteños mientras lo llamo para avisarle que lo espero ahí. El Gato llega con esa facha de poeta beatnik y somos iguales a los tipos que te cruzás por la calle con la diferencia que estamos haciendo tiempo para ir a ver a nuestro Iggy Pop y su troupe de cuarentones. Todo cambia cuando entramos al reducto y nos abrazamos y besamos con Poca Vida que nos recibe con pleitesía y verborragia para contarnos que está escribiendo guiones para un programa de cable de esoterismo o evangelistas o ciencias ocultas que su imaginación desmedida le facilita como digna salida laboral alternativa de su profesión punk. Tomamos cervezas en la barra y ya estamos contentos rodeados de los chicos que ahora parecen amigables y beben discuten y comentan discografías. Bajamos al sótano porque empieza a tocar un grupo liderado por una joven vestal punk a medio camino entre Celeste Carba-

llo y Lydia Lunch que a pesar de eso o por eso fulmina de amor al Gato que mira la performance con una sonrisa beatífica de felicidad hasta que sale Poca Vida y sus enviagrados secuaces para revalidar el mito punk. Como si fuera poco volver a escuchar la voz de Cadáveres de Niños está también el guitarrista de Alerta Roja y cartón lleno cuando pega el grito Marcelo con el registro de un Alice Cooper panzón enamorado de los muertos que nos sacude con ese poderío sabio de sacerdote arrodillado en camisa de leopardo desabrochada hasta el pecho y rimmel corrido sobre la tarima bajita que imita un escenario a dos metros de donde estamos nosotros tomando cerveza y disfrutando los tres temas perfectos, hasta que llegue la policía y suspenda el recital para impedirnos creer que todo termina para siempre.

Epílogo 1: Bud Powell

¿Cómo voy a escribir mi historia? ¿Voy a seguir la ruta infinitesimal de mi cuerpo, deteniéndome en los gestos mínimos? ¿Voy a describir cada impulso cada sueño cada recaída cada euforia? ¿Voy a brindar un detalle preciso de mi intercambio de fluidos, la pérdida, el gasto, la secreción, la ingesta, el metabolismo? ¿Voy a proponer una contigüidad de imágenes que cesan? ¿Con elipsis, sin metáforas, en presente? ¿En lingua franca, sin florituras, en lunfardo, procaz? ¿Cómo voy a escribir mi historia del rock and roll? ¿Como un relato de viaje, una novela de aprendizaje, una antología de fragmentos? ¿Un inventario de discos, una lista de recitales, un compendio de drogas? ¿Cómo Horacio Quiroga que contó primero el ambiente de su destierro y después los tipos? ¿Cómo Wallace Stevens que enumeró trece maneras de mirar un mirlo? ¿Quién va a hacer de Anaconda, quién de mirlo? ¿Cómo voy a escribir que entre veinte cerros nevados lo único que se movía era el ojo del mirlo? ¿Cómo voy a escribir la historia del hombre que confunde a su hija con una rata asesina? ¿Quién va a hacer de Dean Moriarty? ¿Quién va a hacer de Johnny Carter? ¿Quién va a hacer de trastornado, quién de alcohólico, quién de insano? ¿Nadie va a recibir una paliza brutal de la policía? ¿Nadie va a entrar y salir del loquero? ¿Nadie va a ser tratado con electroshock? ¿Ningún pianista

adicto a la Thorazina? ¿Ningún paciente de disquinesia? ¿Cómo voy a escribir mi historia sin alguien que haga de Bud Powell?

Epílogo 2: Living Colour

Qué difícil reconstruir un año de la vida. Qué imposible la autobiografía. ¿Qué estaba haciendo ese año? ¿Cómo pasó? ¿Hice todo lo necesario para que hoy pueda quedarme tranquilo conmigo mismo? Si me acordara de algo preciso podría empezar a tirar de la sogá, como de los equipos de gimnasia con pantaloncitos cortos, tipo calzas de ciclista, con colores fluo, que usaron los de Living Colour, no sé si todos, el cantante y el baterista seguro, con unas musculosas de lycra muy atléticas. ¿Pero qué estaba pensando mientras veía la presentación de *Stain* tan embobado que pasaba ese año y no me quedaba nada entre las manos, más que ese recuerdo de los equipos deportivos? Pero sobre todo ¿Hice lo necesario tomé todas las decisiones torcí todos los rumbos? Los hombres estaban ahí adelante, haciendo rock, dos de ellos con esos equipos que digo, con el Gato al lado, con su propio equipito, en la popular de Obras, a un costado, medio tapados por una columna ¿Qué pensé? ¿Qué iría a hacer de ahí en más? ¿Pensé ese día en los próximos quince años, cuando me acordara de este recital, como un ramalazo, para estar seguro de seguir siendo el mismo? Y ahora ¿puedo pretender ser el mismo? pero sobre todo, cuando salí caminando por la Avenida Libertador y los chicos se dispersaban en las paradas de colectivos, o se agolpaban en los kioscos ¿cómo veía todo, como

imaginaba que serían las cosas de ahí en adelante? ¿Qué significó ese día, qué vinieron a decirme estos atletas estridentes? ¿Tomé todas las decisiones que debía tomar torcí todos los destinos hice lo necesario?

Epílogo 3: Harry

Entramos a un bar de San Telmo y ahí nomás sale a tocar Harry, los tres pibes más contentos con la música del mundo, como unos Minutemen argentinos, o unos Invisible de San Pedro, California. Con el Gato y el Rata miramos embelesados en el brazo del bajista ondear las cuatro barras tatuadas de la bandera de Black Flag al ritmo sincopado del pulso de la cuerda, como místicos que descubren la señal del mesías. Felices y extasiados por la arremetida física del que pisa el bombo haciendo vibrar al unísono la cuerda de la voz, y el de la guitarra prístina y la canción despojada que rasguea los tonos gozosos, nos miramos con risas que salen de la boca y de los ojos en San Pedro Telmo. Desde la mesa redonda con mantel verde, escarbadiantes y servilletas finas como papel de seda tratamos de avisarle al pibe de la batería y de los besos que dan las letras de las canciones que no se tome un avión para caerse en el Amazonas. A un costado se encorva la cantante de Antihéroes como una virgen de las ciruelas tratando de secuestrar el amor del chico blanco de la batería con pasajes de avión en el bolsillo a la selva. ¿Y yo que puedo decirles? Si yo también quiero saltar a la verdura espesa con mi cantante punk enamorada mil metros al vacío y saber qué pasa. O contar la historia del cantante de nuestra banda preferida de rock que vuela en un avión con su amante de la voz negra sin

darse cuenta en la puerta de los recitales de nuestro mundo de San Pedro Telmo. Termina de tocar Harry y ella se acerca y lo besa en la boca con un beso que asciende por la escalinata de un avión hasta el Amazonas, y los pibes del bajo y la guitarra piensan otros nombres para grupos sin cantantes o con la boca llena de pasto o tierra o lianas de la selva amordazándolos. La historia simple de los cantantes de rock que se aman y toman un vuelo al Amazonas que se pierde sin dejarles ningún rastro al Gato, a Rata y a mí que los adoramos cada vez que volvemos a entrar a un bar de San Telmo para verlos actuar. Había una vez un cantante de un grupo que se llamaba Harry que se perdió en el cielo con la cantante de un grupo que se llamaba Antihéroes que lo amaba.

Había tres pibes sentados en una mesa jugando con escarbadietes y servilletas que amaban a un grupo que tenía un cantante enamorado que se subió distraído a un avión con su princesa encorvada de labios rojos y rimel corrido por el viento recio de las alturas.

En la puerta de un recital que tocan de espaldas los Copiloto Pilato o en la puerta de un recital que tocan distorsionados Los Corrosivos o en la puerta de un recital que tocan al palo El lado salvaje, los tres pibes de las crestas o de los sobretodos o de los chupines hacen una vaquita para pagar la entrada y avisarles a los otros que están encaramados en el escenario con la guitarra con el bajo con los palillos que no tomen el avión del

pasaje que ya les asoma de los bolsillos y los
pierde en un cielo de verdura sobre el Amazonas.

Índice

I.	7
Cuando Fede besó a María Marta, la novia del Finado	9
Cuando la hermana de Fede besó a Nito Mestre	13
El Gato y Fede toman algispray con el Finado y se van de garche con la novia	15
Antes de escuchar Kicking against the Pricks	17
El recital de Los Brujos	19
Fede, María Marta, el flaco parecido a Coco Tea y su hijo: lo que pasó	22
El Finado y la droga	26
Escuchando Original DJ	27
Tapas de discos de la colección de Fede pintadas por Raymond Pettibon	30
La versión del Gato de Family Man tal como la recitó el día de su cumpleaños	31
La política y los discos según Fede	32
Qué le contó María Marta al empleado de seguridad del shopping	35
Cuando toma anfetaminas se ríen y le preguntan ¿qué hay en su cabeza?	37
Catálogo de compañeros de oficina del Gato, con una coda dedicada a su jefe	41
El abuelo de Fede: ningún gesto del rockstar	43
DADA no huele nada, no es nada, nada, nada	44
Rata, recién llegado de Estados Unidos	46
Un amigo del Gato que se lo quiso curtir con el verso de Cocteau Twins	48

Proyecto de ley redactado por el Gato un domingo a la tarde	50
El álbum de fotos de bajistas de Fede	51
Fede y la camisa de Stanaley Christodoulou	53
Una historia de amor americana	55
Preparándose para un recital esta tarde	56
Vacaciones en Córdoba	57
Vacaciones en Córdoba	59
Rata, Virgilio	59
El Gato contra los contadores: declamado y cantado	61
Elvis o Perón	63
Fede contra los fantasmas	65
¡A mi frente arrastrarse!	67
Si, María Marta	70
Amor indio	71
Metal	74
Lo que pensó el Gato ante los pliegues de seda azul de la tapa de un disco de Killing Joke	76
Odontólogos de vacaciones	78
Los invariantes históricos	81
Variaciones sobre van y desierto	83
La planta voraz	85
Quejas del Gato en la oficina	88
Más Finados	90
 II.	 93
Cuando Fede se mudó a Llavallol, tuvo esposa e hijos	95

Apuntes para una historia del perro	97
Reclutas de Ingolstadt	99
Como un sueño de Annie Wilkes (Misery dub)	101
La trompeta o la vida conyugal	103
Vida en Duna: Lux Interior sometido	105
En Lund como en Llavallol	107
Rata modelo 2001	109
La venganza	111
Por qué no hablar de infidelidad con la pareja	112
Misérias	115
Cuando hirieron a Fede en una pizzería	116
El Gato confiesa delitos contra la propiedad, el fisco y la vida	118
Consejos a los letristas de rock	121
Vía crucis	123
Lectura del Gato el día que Fede cumplió cuarenta	125
Otros poemas que leyó ya avanzada la madrugada	127
Nuevas patologías	128
La edad de oro: Yo he conocido esta tierra en que el paisano vivía	130
Gauchos, compadritos y rockstars	131
Últimos días del Finado	136
Marcelo Poca Vida & The Viagra Boys	137
Epílogo 1: Bud Powell	141
Epílogo 2: Living Colour	143
Epílogo 3: Harry	145

Este libro se terminó de imprimir
autogestivamente en Diciembre de
2011 en Buenos Aires, Argentina.